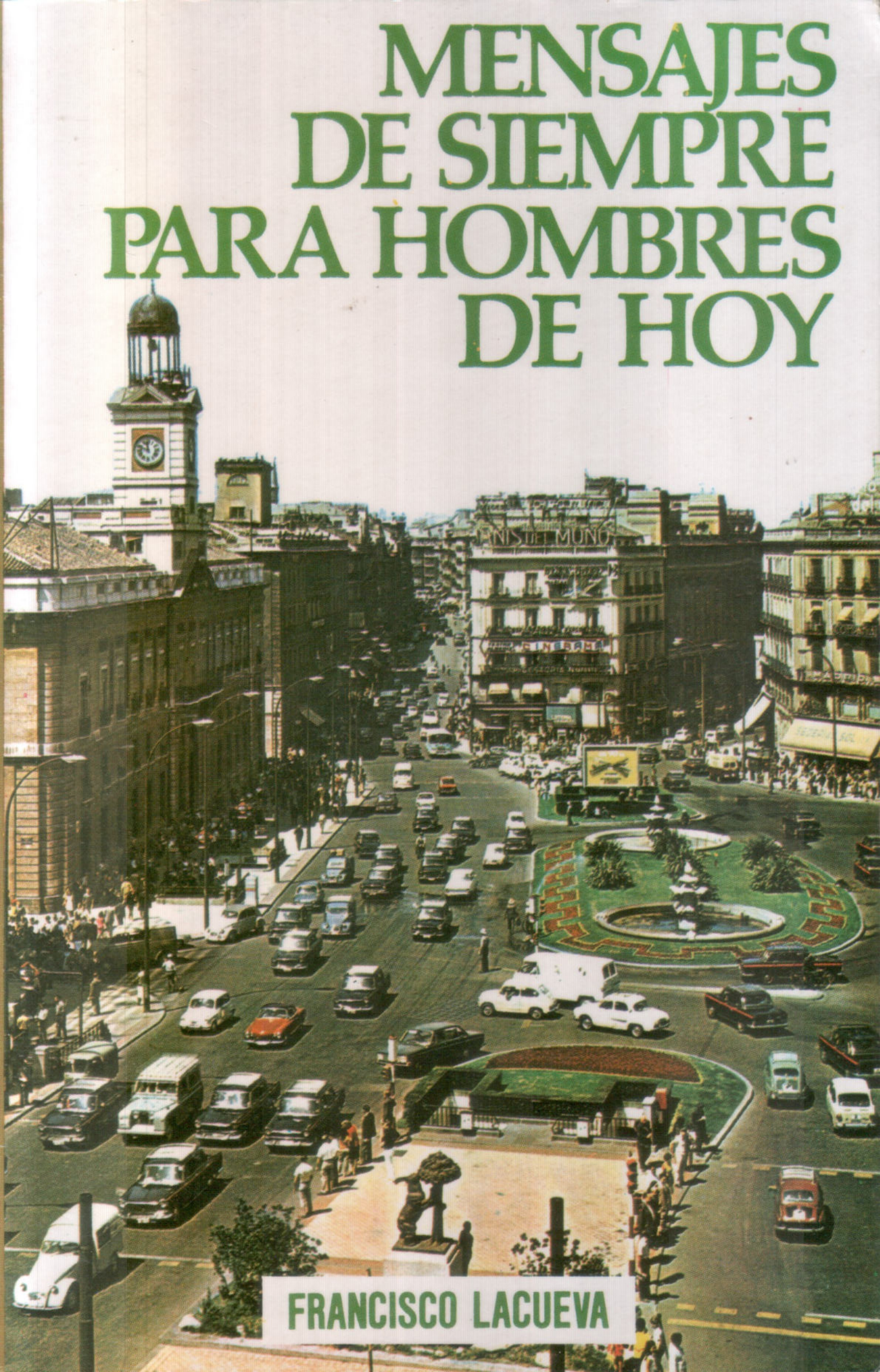
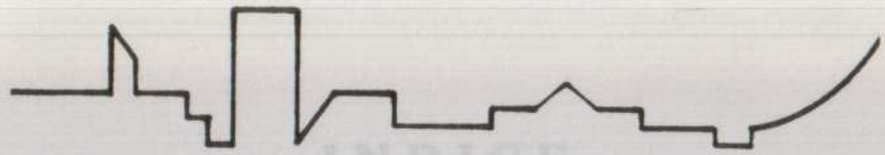
MENSAJES DE SIEMPRE PARA HOMBRES DE HOY



FRANCISCO LACUEVA



MENSAJES DE SIEMPRE PARA HOMBRES DE HOY

FRANCISCO LACUEVA

Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

MENSAJES DE SIEMPRE PARA
HOMBRES DE HOY

© de D. Francisco Lacueva. Reservados los
derechos. Pueden ser impresos fragmentos
de este libro citando al autor y la editorial.

ISBN 84-7228-609-6
Depósito Legal: B 790 - 1988

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. n.º 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias
calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

INDICE

Presentación 7

1. Telegrama urgente 9
2. El pecado 21
3. Salvación o condenación 33
4. Encuentro con Jesucristo 55
5. Nacer de nuevo 57
6. La norma del cristiano 67
7. Creciendo en Cristo 79
8. El secreto de una vida santa 91
9. Insatisfacción 103
10. El más allá 115

PRESENTACION

Estos mensajes que ahora ven la luz pública, exceptuando el noveno, fueron grabados en cinta magnetofónica, en octubre de 1973, en el domicilio social de la Strict Baptist Mission, 61 Breakspears Road, Brockley, London, S.E.4. El noveno fue grabado, con algunas variantes, y difundido a través de la emisora «La Voz Amiga», en una serie de cuatro breves mensajes, en la primavera de 1972. Después han sido pasados a casetes, los cuales obran en poder de la referida Misión y están a disposición de quienes deseen adquirirlos.

Deseamos y esperamos de todo corazón que su publicación pueda servir de bendición a cuantos los lean, y oramos al Señor para que, por el poder de su Espíritu, las enseñanzas bíblicas que en ellos se contienen lleguen con fuerza a las mentes y a los corazones, y cosechen a su tiempo el fruto necesario, que no es otro sino la salvación eterna de quienes no estén todavía en correcta relación con Dios, y la edificación y progreso de cuantos deseen avanzar por el camino de una vida genuinamente cristiana. ¡Así sea!

I. TELEGRAMA URGENTE

El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el Evangelio.

Marcos 1:15

Ordinariamente, las noticias urgentes las recibimos por medio de telegramas. A veces, los telegramas nos traen noticis tristes, como la pérdida de un familiar. Otras veces, nos traen noticias alegres: la llegada de un pariente próximo o de un amigo íntimo, la concesión de un premio, la invitación a un acto importante, etc.

Pero nunca en este mundo se ha recibido un telegrama de tanta importancia y de tanta urgencia como el que encontramos en el Evangelio según San Mateo 3:2 y 4:17, y en el Evangelio según San Marcos 1:15. Es curioso que, siendo el Evangelio según San Marcos el más corto y el más conciso, es, sin embargo, el que nos da con más detalle este importante telegrama.

En realidad, se trata del primer sermón o mensaje de nuestro Señor Jesucristo. Todo aquel que se halle dedicado al glorioso ministerio de la Palabra, sabe la trascendencia y la responsabilidad que comporta la predicación de nuestro primer sermón. Una mezcla agridulce de gozo y de temor sacude todo nuestro ser; nuestras piernas tiemblan, y nuestro corazón late con violencia cuando se acerca el momento de subir al púlpito o de avanzar hasta el micrófono. Podemos, pues, figurarnos cómo latiría el corazón de Jesucristo al pronunciar su primer mensaje, el más importante que jamás se escuchó en la Tierra, y cuyo esquema encontramos en Marcos 1:15.

¿Y qué dice este mensaje? Cuatro frases densas, concisas y llenas de sentido: «*El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el Evangelio*». Vamos a examinar atentamente cada una de estas cuatro frases:

«*El tiempo se ha cumplido.*» No se trata del «cronos», o sea, del tiempo que marcan las manecillas de nuestros relojes y que, con su rítmico tic-tac, va desgranando con regularidad matemática los fugaces instantes de nuestra vida mortal, sino del «kairós», del tiempo, o mejor dicho, de los tiempos, sazones u oportunidades que marcan las manecillas del reloj de Dios. Podríamos decir que estos *tiempos* de Dios no se cuentan hacia adelante, como el del minutero de nuestros relojes (1, 2, 3, 4, 5, etc.), sino al revés, como arrancando de la eternidad en una especie de 'cuenta-atrás', a semejanza del lanzamiento de los astronautas al espacio: 5, 4, 3, 2, 1, 0... *¡Ya!* Cuando esta 'cuenta-atrás' se cumple, cuando el tiempo de Dios se *llena* («peplérotai»), como un inmenso reloj de arena, entonces se realiza una de las grandes intervenciones de Dios en la historia.

Estas intervenciones, o *tiempos*, de Dios han sido múltiples: la creación del mundo, la creación del hombre, la promesa del Redentor para una raza humana caída por el pecado, el Diluvio, el llamamiento de Abraham, la salida de Egipto, la entrada en la Tierra Prometida, la cautividad de Babilonia, etc., y, sobre todo, la Encarnación del Hijo de Dios, con su vida, su doctrina, sus milagros, su muerte en Cruz, su resurrección y su ascensión a los Cielos. La primera Venida de Jesucristo a este mundo marca realmente el cumplimiento o plenitud de los tiempos de Dios, de manera que tanto los judíos como los cristianos dividimos la historia en dos partes: los «primeros» tiempos, que preceden a la Venida del Mesías; y los «últimos» tiempos, que comienzan con la Encarnación del Verbo y culminarán con la segunda Venida del Señor.

Por tanto, Jesucristo divide en dos toda la historia: todas las fechas se cuentan a partir de El: antes o después del nacimiento de Cristo. Pero también divide en dos toda la geografía: los que estarán a su derecha y los que estarán a su izquierda; los que siguen a Cristo y los que lo rechazan; los que lo reciben o los que cierran contra El la puerta de su corazón. Nadie puede ser neutral ante Jesucristo. Nadie puede pasar por este mundo sintiéndose indiferente hacia ese Dios-Hombre que pudo decir: «*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre, sino por mí*». (Juan 14:6.)

«*El tiempo se ha cumplido.*» Estamos en los *últimos* tiempos. Es el «*hoy*» de Dios que con tanto énfasis nos proclama la Epístola de los Hebreos en sus capítulos tercero y cuarto: «*Si oye-*

reis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones». Hoy es el día de escuchar la Voz de Dios que nos exhorta al arrepentimiento y a la fe. ¿Cómo escaparemos a tan horrenda cosa como es el caer en las manos airadas del Dios viviente (Hebreos 10:31), si descuidamos una salvación tan grande? (Hebreos 2:3). Dios nos ofrece *hoy* la salvación (2 Corintios 6:2), el perdón de todos nuestros pecados y la vida eterna; pero nunca garantiza un *mañana* para ser perdonados; ¿puede alguien asegurar que verá nacer un nuevo día? ¿que un accidente impervisible no cortará el hilo de su vida antes que amanezca el día de mañana? ¡Ahora, ahora, es el momento de escapar del fuego! ¡Hoy es el día en que podemos ser salvos de esa perversa generación! (Hechos 2:40.) ¡Mañana puede ser demasiado tarde! Es una locura apostar por un mañana, cuando lo que está en juego es toda nuestra eternidad...

Examinemos ahora la segunda frase: «*El reino de Dios se ha acercado*». «*El reino de los Cielos*», como dice el Evangelio según S. Mateo, evitando a la usanza judía el pronunciar el sagrado Nombre, o «*el reino de Dios*», como aparece en el griego de S. Marcos o de S. Juan, significa la irrupción en la historia, de la libre y amorosa iniciativa divina de salvar a la humanidad perdida. Conforme se iban llenando los *tiempos*, esta soberana gracia salvífica de Dios se iba acercando: 1), por un proceso de *reducción progresiva*, escogiendo una raza, un pueblo, una nación, como descendencia de un hombre a quien se ligó la promesa del Mesías-Redentor: Adán, Set, Noé, Sem, Abraham, Isaac, Jacob... Jacob, el suplantador, se convierte en Israel, el que lucha con Dios durante toda una noche de oración y obtiene la bendición divina y la herencia de las promesas

que comportaba la primogenitura. Tras el rechazo de Rubén, de Simeón y de Leví, las promesas se centran en Judá, única tribu que sobrevive sin mezcla tras la cautividad de Babilonia.

A pesar de todas las pruebas a que Dios somete a Su Pueblo, Israel endurece una vez más su cerviz y centra sus aspiraciones en un Mesías político, en un triunfador glorioso de los enemigos del pueblo judío y liberador de la esclavitud bajo el yugo extranjero, en un Mesías que conducirá al pueblo elegido a la máxima prosperidad material, olvidando que este Mesías tiene, antes, que padecer y morir (Isaías 53; Lucas 24:26). Lo interior, lo espiritual, no cuenta; ya son «el Pueblo de Dios», ya poseen la Santa Ley: la leen, la saben de memoria, escriben los estatutos divinos en filacterias y las atan a sus frentes para tenerlas «ante sus ojos»; purifican sus manos, lavan sus pies y no se contaminan entrando en las casas de los *gentiles*, o sea, de los que no pertenecen al Pueblo de Dios. Pero olvidan lo principal: su corazón está corrompido; son vasos llenos de inmundicia, lavados por fuera; sepulcros blanqueados, con hedionda carroña en su interior. Necesitan escuchar y cumplir el Sermón del Monte, que ataca a la raíz del mal. Les es preciso *cambiar de mentalidad* y renovar el corazón.

Ha quedado, sin embargo, un pequeño remanente espiirtual: «*un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Yahveh*», según la profecía de Sofonías 3:12. Éstos serán «*los pobres en el espíritu*» (Mateos 5:3), que reconocerán en Jesús al verdadero Mesías y Redentor de su Pueblo, al que ha de morir en una Cruz, rescatándonos del poder de las tinieblas al precio de su sangre, aunque esto venga a ser «*para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles*

locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios» (1.ª Corintios 1:23-24).

Han comenzado ya «los últimos tiempos». El Verbo de Dios se ha hecho hombre. Todas las promesas de Dios tienen en Jesucristo su definitivo cumplimiento. Empieza ahora la segunda parte del acercamiento del reino de Dios: Jesucristo es la perfecta y definitiva revelación del Padre, el Sacerdote eterno según el orden de Melqueisedec, que, con un solo sacrificio, ofrecido de una vez por todas en la Cruz, ha efectuado la purificación de nuestros pecados, *«porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados»* (Hebreos 1:3; 10:12, 14). Es el *Ungido de Dios* por excelencia: el Gran Profeta, el Sumo Sacerdote y el Rey Soberano de estos últimos tiempos. Injertados en Él, única cepa remanente de toda la viña de Israel (Juan 15:1), todos los creyentes (judíos o gentiles) tenemos vida eterna, somos herederos de las promesas celestiales y, por un proceso de *inserción extensiva*, somos constituidos como *«linaje escogido, regio sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios»* (1.ª Pedro 2:9), con la misión profética de proclamar ante el mundo las maravillas *«de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable»*.

Por consiguiente, con la venida de Jesucristo a este mundo, el Reino de Dios se ha acercado de tal manera que ha quedado en medio de nosotros; es decir, la soberanamente libre y generosamente amorosa iniciativa divina de salvar a los hombres ha quedado *al alcance de la mano*. No se nos pide *cumplir* la Ley, castigar nuestros cuerpos, peregrinar a un santuario, *obrar* honradamente, puesto que todas nuestras justicias son

como *«trapo de inmundicia»* (Isaías 64:6). Sólo se nos pide extender la mano, una mano de mendigo, desnuda y vacía, para recibir de pura gracia, como un regalo, mediante *«la fe en el que justfica al impío»* (Romanos 4:5), el perdón de los pecados, la salvación de una perdición segura, y el don de la vida eterna. *«A todos los sedientos* —dice Dios por medio del profeta Isaís—: *Venid a las ascuas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche.»* (Isaías 55:1.) Y, como un eco, nos repite el Apocalipsis en la última página de la Biblia: *«Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente»*. (Apocalipsis 22:17.)

¿No está nuestro corazón, el corazón de todos los hombres, lleno de sed? ¿No es verdad que vivimos en medio de un mundo sediento de felicidad, de libertad, insatisfecho, angustiado, devorado por la inquietud, por la prisa, por el temor? ¿Por qué no nos acercamos a la fuente de aguas vivas, a aquel Jesús que, junto al pozo de Jacob, pudo decir a la mujer samaritana: *«Cualqueira que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna»* (Juan 4:13-14)? Vida Eterna, es decir: completa satisfacción, en una perfecta actividad, de nuestra mente, de nuestro corazón y de nuestra voluntad; y ello para siempre, sin esfuerzo, sin fatiga, sin aburrimiento.

¿Qué nos pide el Señor para entrar en el Reino de Dios o, mejor dicho, para que el Reino de Dios entre en nosotros? Eso está compendieda en estas palabras: *«Arrepentíos, y creed en el Evangelio»*.

«Arrepentíos» o *«cambiad de mentalidad»*, como indica el verbo griego aquí empleado. No se trata, pues, de darse golpes de pecho, no se trata de 'hacer penitencia', como traducen muchas versiones de una ambigua expresión de la Vulgata Latina. Más aún, no se trata incluso de sentir dolor por los pecados cometidos, si bien el verdadero aborrecimiento del pecado, o contrición, es el compañero inseperable de una fe sincera. Se trata de algo más profundo, hoy diríamos 'más existencial'. Lo que Dios nos pide es un completo «cambio de mentalidad»: una verdadera revolución en nuestros criterios, en nuestros sentimientos, en nuestra conducta.

¿Cuáles son los criterios del mundo, las convicciones del inconverso, su 'escala de valores'? Hace varios años se hizo una estadística en Estados Unidos a base de una encuesta sobre los valores que el hombre de la calle pone en primer lugar. La encuesta dio el siguiente resultado: primer valor, la salud; segundo, el dinero; tercero, el sexo; cuarto, el saber; quinto, la religión. O sea, el supremo valor, lo espiritual, lo que permanece para la vida eterna ¡en quinto lugar! ¿No es ésta la mentalidad de todos los mundanos? Primero, lo material: un buen coche, un lujoso apartamento, un gran televisor, un frigorífico de primera, etc. Y, para todo ello, una crecida cuenta corriente o una pingüe fortuna en bienes raíces. Dios, Jesucristo, la salvación eterna, la otra vida, no interesan; están pasados de moda, como una moneda retirada de la circulación... ¿Para qué nos hace falta Dios ni la otra vida, si la ciencia y la técnica, con su progerso colosal, nos van abriendo los ojos y pueden satisfacer nuestros anhelos?

¿Pero acaso es más feliz el hombre de fines

del siglo XX que el de comienzos de siglo? Nuestros abuelos, sin las comodidades de hoy, sin las diversiones de hoy, sin radio ni televisión, sin coche y sin nevera, eran más felices que nosotros. Sin la prisa, sin la agitación, sin el ruido, sin la angustia, sin la contaminación de hoy, con un puñado de valores hogareños, una tertulia en torno al fuego del hogar o una partida de dominó en el casino del lugar, se quedaban satisfechos y descansaban suficientemente del bregar cotidiano.

No quiero decir esto que la civilización sea mala en sí misma o que hayamos de maldecir el progreso de la ciencia y de la técnica. Pero sí es cierto que el hombre moderno está convirtiéndose en un esclavo de la máquina, de la propaganda y de los llamados 'grupos de presión'. Y, sobre todo, está olvidándose de los valores espirituales, de Dios, de la eternidad...

Es preciso cambiar de mentalidad; es necesario dar un giro de 180 grados en nuestros criterios y en nuestra conducta. Es menester pararnos a pensar, a reflexionar, sobre el negocio más importante de nuestra vida, sobre la única cosa realmente necesaria, sobre la única pregunta que requiere una respuesta urgente: *¿Dónde pasaré toda la eternidad?* Y, para responder a esta pregunta, hemos de adentrarnos en lo más íntimo de nuestro ser y escudriñar cuál es nuestro estado espiritual, cuál es el norte que marca nuestra brújula, por qué camino marchamos hacia nuestro destino final, sobre qué fundamento estamos construyendo el edificio de nuestra vida, cuál es nuestra póliza de seguro para la eterni-

Dios, el Dios misericordioso que *«no quiere que nadie perezca»* (2.ª Pedro 4:9), sino *«que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad»* (1.ª Timoteo 2:4), nos mues-

tra en Cristo el camino seguro hacia la vida eterna, y la Roca donde fundar con firmeza inquebrantable nuestra fe y nuestra esperanza de salvación. «*Creed en el Evangelio*» es la última frase del primer sermón de Jesús. Es como si dijera: ¡Dad crédito a estas Buenas Noticias! Recibid con gozo este jubiloso telegrama que os anuncia por mediación mía el hecho más glorioso y más importante para vuestro eterno bienestar: Que Dios es Amor, que Dios os es propicio, que Dios vuelve hacia vosotros su rostro de Padre y sus ojos llenos de misericordia; que tiene los brazos abiertos para todo aquel que me reciba en su corazón como a su único Salvador necesario y suficiente. «*Que Dios* —dice el Apóstol—*estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios*» (2.ª Corintio 5:19-20).

Dirigiéndose a los judíos que le rechazaban, dijo Jesús estas solemnes frases: «*Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero*» (Juan 12:47-48). Estas frases son probablemente el resumen del último mensaje del Señor a gente inconversa.

Con ellas quiero terminar también yo este mensaje, dirigiéndome a cada uno de mis lectores. Éste es un mensaje de salvación, no de condenación. Acabas de recibir un telegrama urgente de Buenas Noticias: que Dios está dispuesto a perdonarte y a salvarte si recibes a Cristo en tu

corazón con fe sincera, y te dejas después conducir por su Espíritu para llevar una vida santa, de testimonio y de servicio. Si rechazas esta salvación tan grande que hoy se te ofrece, no necesitas un juez que te condene; la palabra que has leído u oído, ella te juzgará en el día de tu muerte y en el día postrero cuando Cristo se siente en el Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15) y para juzgar al mundo. No podrás presentar la excusa de que nadie te ha advertido, de que nadie te ha avisado del peligro. Delante de ti queda desplegado el telegrama del Evangelio: Buenas Noticias de Salvación. ¡No lo rechaces! ¡Mira por ti mismo y asegura tu vida eterna, recibiendo a Cristo con fe amorosa y corazón agradecido! ¡Que Dios te ilumine y que su Santo Espíritu comience en tu interior a obrar, para convencerte de tu estado de perdición y para animarte a recibir, por fe, el don de la salvación, que es vida eterna!

II. EL PECADO

Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.

(Isaías 53:5)

¿Qué es el pecado? Podríamos definirlo diciendo que es el único verdadero mal para Dios y para el hombre; deshonra la santidad de Dios, perturba el orden moral, mancha, corrompe y esclaviza al hombre. La Palabra de Dios usa, para describir lo que es el pecado, vocablos como iniquidad, prevaricación, transgresión, perversión, injusticia, errar el blanco, etc.

El ser humano es pecador por naturaleza y por contagio. Pecados y crímenes los ha habido siempre, pero lo que caracteriza a nuestra época en este punto es que antes se llamaba al pecado por su nombre; el infractor de la Ley Divina era convicto de iniquidad y podía así llegar un día

al arrepentimiento y a la confesión de sus pecados. Pero la sociedad actual ha despojado al pecado de su etiqueta. La iniquidad y el crimen han adquirido curso legal; podrá llamársele equivocación o aventura peligrosa cuando el asunto termina mal, pero la gente habla de «buena suerte» cuando la violencia, el robo o el adulterio escapan a la maledicencia de los vecinos, a las pesquisas de la policía o a la marcha del negocio.

Esta mentalidad moderna ha hecho mucho más peligroso el contagio del pecado al dar el 'visto bueno' a su curso legal, o social, arrancándole la etiqueta. Es como si un farmacéutico pegase la etiqueta de 'bicarbonato' a un paquete de arsénico, o la de 'aspirina' a un tubo de cianuro potásico. Cambiando la etiqueta, pasaría criminalmente como medicamento lo que es un mortífero veneno.

¿Pero es que el pecado resulta un mal tan grande, un veneno tan mortífero? Más bien que entretenernos en definiciones teológicas del pecado, pasemos a examinar sus efectos en el hombre.

El primer hombre fue creado a imagen y semejanza del Dios Uno y Trino: Libre y dominador por obra de Dios-Padre; inteligente, con la sabiduría impartida por el Verbo de Dios; moralmente recto y santo, por el poder del Espíritu de Dios. En efecto, vemos en Génesis 1:26, 28 que Dios hizo al hombre para que «*señoreara*» en toda la tierra, como un virrey de la Creación. En Génesis 2:19, vemos a Adán poniendo nombre a todos los animales. 'Poner nombre' a una cosa significa para un semita ejercer dominio sobre esa cosa. El Génesis añade que «*todo lo que llamó Adán a los animales vivientes, ése es su nombre*», lo cual es señal de gran inteligencia, puesto que poner un nombre que cuadre perfectamente a

una persona, a un animal o a una cosa, equivale a *definirla*, a comprenderla, discerniendo con exactitud lo que la caracteriza singularmente, lo que es y lo que no es. Por eso, Dios da de Sí mismo, en Éxodo 3:14-15, una definición que equivale a un nombre que no se puede expresar, que trasciende todo entendimiento creado: «YO SOY EL QUE SOY». Vemos también, en Génesis 2:7, que Dios, después de haber formado el cuerpo del hombre del polvo de la tierra, o de tierra rojiza, como sugiere el vocablo hebreo 'adamah', cual una vasija de arcilla —vaso de honor para gloria de Dios—, sopló de su mismo pecho el aliento de vida, por el que el hombre fue un ser viviente, una persona pensante y hablante, un ser *espiritual*, moralmente recto, justo y santo.

Así era el primer hombre. Tal era la imagen y semejanza con el Dios Trino que en todo su talante se reflejaba. Pero, ¿qué sucedió? Con el primer pecado del primer hombre, la imagen de Dios en él quedó oscurecida y deteriorada. «*He aquí, solamente esto he hallado* —leemos en Eclesiastés 7:29—: *que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones.*»

En efecto, volvamos al Sagrado Libro del Génesis, cap. 3, y veremos los terribles efectos del pecado en nuestros primeros padres: El virrey de la Creación, el dominador del mundo a imagen de Dios-Padre, cae en la esclavitud del pecado, de la enfermedad, de la muerte, del dolor. La tierra le produce cardos y espinos; ha de comer su pan con el sudor de su frente; el mundo se le vuelve inhóspito; es expulsado del Paraíso, sin acceso posible al árbol de la vida; su propio ser personal se desintegra, entrando en enemistad con Dios, consigo mismo y con su prójimo. Huye de Dios, pretendiendo esconderse de su presencia.

«Adán, ¿dónde estás tú? —le dice Dios— *Y él respondió: Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?»* (Génesis 3:9-11).

Así vemos cómo nuestros primeros padres perdieron la comunión con Dios. Al mismo tiempo sintieron una rebelión en su propio interior. Inmediatamente después del primer pecado, leemos que *«fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos»* (Génesis 3:7). No es que antes estuviesen ciegos para ver su propia desnudez. El cuerpo humano es obra de Dios; fue creado bello, bueno y honesto en su totalidad. Cuando los ojos del hombre eran puros, la inocencia original cubría, como un velo sagrado, su total desnudez. Pero, a partir del primer pecado, surgió en los miembros humanos *«otra ley, que se rebela contra la ley de la mente, y nos lleva cautivos a la ley del pecado»* (Romanos 7:23). La insubordinación del instinto carnal descorrió el velo de la inocencia, y el hombre se avergonzó de su propia desnudez; se desconoció a sí mismo.

Finalmente, el hombre se enemistó con su prójimo. Cuando Dios pregunta a Adán si ha comido del árbol del que le mandó no comiese, Adán no confiesa su pecado, no se acusa a sí mismo, sino que, con crueldad e ingratitud, contesta: *«La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y comí»* (Génesis 3:12). Como si dijera: la culpa no es mía, sino de ella... y tuya, por haber puesto a esa mujer junto a mí. ¡Qué terrible! ¡Sólo dos seres humanos en el mundo, y ya están enemistados! Ha muerto el amor, y le ha sustituido el más rabioso egocentrismo. ¿Nos extrañará el que, pocas líneas después, se nos narre la muerte de Abel

a manos de su hermano Caín? El egocentrismo lleva al orgullo; el orgullo, a la envidia; la envidia, al odio; y el odio, al asesinato.

Y así, todo hombre lleva en su corazón la semilla del crimen. *«Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida»* —dice el Apóstol Juan (1 Juan 3:15). Si en el mundo hay tanta violencia y tanto crimen, es porque en él impera el egoísmo. «El infierno son los demás» —ha dicho J. P. Sartre. En efecto, al egoísta le estorban los demás. Un mundo de egoístas es semejante a una piara de cerdos que se disputan a dentelladas un plato de pitanza. ¿Para qué más infierno? Y esta semilla de criminal perdura en el corazón hasta del más santo, mientras peregrinamos por este mundo, aunque el Espíritu de Dios la contrarreste con el poder de su gracia en los verdaderos creyentes. Los que no tienen fe, quizá no lleguen a ejecutar la acción criminal por diversos motivos: por no perder su buen nombre, por no crearse problemas, por no caer en manos de la policía, etc. Pero allí dentro está arraigada la semilla del crimen, presta a brotar en una circunstancia favorable. Es, sin duda, la propia consciencia de esta temible semilla interior, la que impulsó a los Apóstoles a preguntar a Jesús: *«¿Seré yo?... ¿Seré yo?»*, cuando el Señor les dijo que uno de los Doce le había de entregar. No es que les faltase amor al Maestro, no es que estuviesen dispuestos a traicionarle, pero todos, excepto Judas, que lo preguntó hipócritamente, y Pedro, que, confiado en sí mismo, prometió que no le abandonaría, todos los demás desconfiaban de sí mismos lo suficiente como para pensar que, como escribe Agustín de Hipona, «no hay hombre que no pueda cometer lo que cualquier otro hombre, si lo dejase de su mano el que hizo al hombre».

Hemos llegado a un punto desde el que nuestra visión del hombre no puede ya ser más pesimista. Y, en efecto, la ruina de la humanidad, nuestra ruina total y definitiva a causa del pecado, sería irreversible si no fuese por el infinito amor y por la inmensa misericordia de Dios, que no ha sufrido el abandonar al hombre a su miseria.

En Jeremías 18, Yahveh expresa, por medio de una alegoría, lo que ha determinado hacer con su pueblo prevaricador y abocado al destierro en Babilonia. Dice Dios a Jeremías: «*Levántate y vete a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras. Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. Entonces vino a mí palabra de Jehová diciendo: ¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel?, dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel*» (Jeremías 18:2-6).

¡Amigo que esto lees! Volviendo la vista atrás hacia el pasado de tu vida, quizá te ves a ti mismo como esa vasija de barro que se echó a perder en las manos del alfarero. Dios hizo de arcilla al hombre, como un vaso de honor, a su imagen y semejanza; pero ese vaso se quebró, se hizo añicos a causa del pecado. Tu vida, mi vida, la vida de todos los hombres, ha sido una tremenda quiebra a causa del fallo del primer hombre y de nuestras transgresiones personales. Una quiebra espiritual, a la que han acompañado y seguido otras quiebras: Quizas has perdido a tus seres queridos, quizás te has arruinado en tu negocio, quizás te hallas víctima de una grave enfermedad o tendido

en el lecho del dolor, quizás has perdido tu puesto de trabajo, quizás te sientes inútil, lleno de problemas, perplejo ante el porvenir, ante un horizonte sombrío, como una vasija rota en las manos del alfarero; quizás has llegado al punto límite de la desesperación, sintiéndote totalmente desamparado... como dejado de la mano de Dios...

Pero ¡escucha un momento! Por medio de Aquél que, con toda verdad, pudo gritar en el Calvario: «*¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?*» (Mateo 27:46; Marcos 15:34), el divino alfarero está dispuesto a recomponer tu vasija, a tornarte en un hombre nuevo, a dar un sentido a tu vida, a poner ante tus ojos un brillante porvenir de utilidad, de servicio, de triunfo, de gloria, de vida eterna... Con el perdón de los pecados, y la venida del Espíritu Santo a tu corazón, tu vida puede comenzar una nueva etapa en la cual seas capaz de redimir el tiempo perdido. ¡Para Dios no hay inútiles! Aunque te veas pobre, ignorante, enfermo, despreciado de los hombres..., Dios tiene un destino para ti... De lo contrario, no te hallarías aún en este mundo, porque Dios no hace cosas inútiles. Destituido de bienes materiales, puedes ofrecer a otros tu amor, tu ayuda, tu consuelo. Destituido de salud, y aunque te halles tendido en una cama de hospital, puedes ofrecer a Dios tu sufrimiento, tu oración... Mira lo que dice el Apóstol Pablo en Colosenses 1:24: «*Ahora me gozo en lo que parezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia*». No quiere decir Pablo que él esté añadiendo algo a los sufrimientos del Calvario, como si el sacrificio de Jesús en la Cruz no hubiese sido perfecto, sino que nuestras oraciones, nuestras fatigas y nuestros sufrimientos en aras de la expansión del Evangelio

son como los canales por los que la acción redentora de Cristo llega al mundo para salvación de hombres perdidos y edificación de la Iglesia. ¡Cuántas veces se repite la escena de Moisés intercediendo en el monte, mientras el ejército de Israel lucha en el llano! (V. Éxodo 17:8-13). ¡Cuántas veces un predicador o un misionero, aun después de poner en su ministerio toda su capacidad, toda su alma y todo su tiempo, no parecen cosechar ningún fruto hasta que una oración ferviente, a veces salida de un grupo de fieles, pero a veces también salida de la silla de ruedas de un inválido, o de una cama de hospital, o de un ciego mendicante, hace descender al Espíritu con fuerza y con poder para quebrantar corazones de piedra!

Para Dios, pues, no hay *mutilados de guerra.* Por mucho que la ortopedia avance, cuando una persona ha perdido, en guerra o en accidente, un brazo, una pierna, etc., nada puede sustituir con ventaja al miembro perdido; pero cuando Dios perdona y regenera, por medio de su Espíritu, a una persona, el tiempo perdido se rescata para una eternidad gloriosa, y los puntos negros de la manchada página de nuestra vida pasada se convierten en constelaciones de perdón. Como escribía Bernardo de Claraval: «Dios nos permite redimir el tiempo (V. Colosenses 4:5) cambiándolo en eternidad; por el arrepentimiento amoroso, se recupera el pasado (V. Lucas 7:47); por la fe, se domina el presente (V. 1 Juan 5:5); y por la esperanza, se alcanza el porvenir» (V. Romanos 8:24; Tito 2:13).

Por medio de la roja sangre de Jesucristo, Dios blanquea nuestras almas, aunque nuestros pecados sean tan encarnados como la grana, o tan negros como el azabache (Isaías 1:18).

El pecado es un mal terrible; ya hemos dicho que es el único verdadero mal de Dios y del hombre; es una horrible injuria contra el carácter santo de Dios, es la más grave perturbación del orden moral y cósmico, y es lo que de veras mancha, corrompe y desintegra a una persona. Ese cáncer terrible que es el pecado, sólo se cura con el perdón de Dios por la fe en la sangre de Jesús. No hay enfermedad humana que no se cure con la muerte, pero el pecado no perdonado es un mal que perdura por toda la eternidad.

Gracias a nuestro Señor Jesucristo, todo aquel que, con sed de salvación y con fe viva, vuelve sus ojos al Hijo del Hombre, pendiente por nosotros en la Cruz del Calvario, obtiene vida eterna, curándose de ese mal mal terrible que es el pecado.

¿Qué hace Dios para curarnos del pecado, para perdonarnos, para salvarnos? Prestemos atención a lo que dice la Palabra de Dios, para tener un concepto claro de lo que es el pecado, el perdón, la justificación por la fe y la santificación del creyente.

El pecado puede considerarse como *acto,* como *estado* y como *poder* o disposición interior. Como *acto,* cada hecho pecaminoso que hemos cometido a lo largo de nuestra vida, no puede ya jamás ser arrancado del archivo de nuestra historia, como si no hubiese sucedido. Con toda reverencia, podemos decir que ni Dios mismo tiene capacidad para ello, no por falta de poder, sino porque tal cosa implicaría un absurdo. Hay dos cosas que escapan al poder de Dios, porque atentan contra su sabiduría o contra su santidad: el absurdo, que es un fallo radical contra la verdad, y el pecado, que es un fallo radical contra el bien. ¿Qué hace, pues, Dios para perdonar los *actos*

pecaminosos? «Pasarlos por alto» antes, «no tomarlos en cuenta» ahora. Oifamos la Palabra de Dios. Dice San Pablo en Romanos 3:24-25: «*siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de HABER PASADO POR ALTO, en su paciencia, los pecados pasados*». Y, en 2 Corintios 5:19, nos dice «*que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, NO TOMÁNDOLES EN CUENTA a los hombres sus pecados*». Es significativo que este último verbo sea el mismo de Filemón vers. 18.

El Antiguo Testamento emplea expresiones y símbolos de gran fuerza para darnos idea de la grandeza de la misericordia de Dios al perdonar el pecado. Así nos dice que Dios echa nuestros pecados «tras sus espaldas» (Isaías 38:17, comp. con Éxodo 33:23 e Isaías 53:6 «*...cargó en él el pecado de todos nosotros*»). ¿Ha visto alguien la espalda de Dios, Espíritu eterno e infinito, que todo lo llena? También dice que «*no se acordará más de nuestros pecados*» (Isaías 43:25; Jeremías 31:34). Para un buen cristiano, puede ser más o menos fácil el *perdonar* una ofensa grave; pero los hombres *no olvidamos* fácilmente las ofensas recibidas. Y una ofensa que no se olvida, nunca está del todo perdonada. Pero lo grande, lo maravilloso de Dios es que, cuando perdona, también olvida. Mas, ¿cómo puede Dios olvidar, si Dios no tiene memoria, pues el recuerdo es de lo pasado, y Dios lo tiene todo presente en su eternidad? Así que, donde no hay memoria, no cabe olvido... Dicha expresión que Dios «*no se acordará más...*» es un enérgico antropomorfismo para darnos una idea aproximada de que, cuando nos acercamos

a Dios, convencidos de nuestra miseria, confiando sólo en la sangre de Cristo vertida en la Cruz por nosotros, y arrepentidos de nuestros pecados, Dios los borra completamente de Su santa presencia, como si nunca hubiesen sido cometidos (V. también Miqueas 7:19). Nuestras iniquidades quedan *expiadas.*

Quedamos así justificados con la justicia de Cristo, reconciliados con Dios, «*aceptos en el Amado*» (Efesios 1:6), habiendo pasado del *estado* de pecado al estado de gracia, de la aversión a la conversión. Ya estamos *en paz* con Dios. Leemos en Romanos 5:1: «*Justificados, pues, por la fe, tenemos paza para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*». Cuando dos personas se han puesto de acuerdo, es fácil mantener la paz. Pero lo grande, lo humanamente inexplicable del amor de Dios, es que, «*cuando éramos enemigos suyos, fuimos reconciliados con Él por la muerte de Su Hijo*» (Romanos 5:10). No fuimos nosotros los que buscamos a Dios; fue Él quien *vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido* (Lucas 19:10). Todo el que de veras busca a Dios, es que de alguna manera ya ha sido encontrado por Dios.

Después del perdón de nuestros pecados, después de la reconciliación con Dios, queda todavía el *poder* del pecado dentro de nosotros. El pecado ya no reina en el trono de nuestro corazón, pero todavía habita en el sótano de nuestros bajos fondos. El Espíritu Santo nos da poder para contrarrestarlo, pero esa maligna disposición de nuestr condición anterior sólo se acaba con la muerte. Únicamente después de la resurrección futura, seremos perfectamente santos; sin embargo, desde que somos salvos, ya no somos esclavos del pecado.

Muchas personas no se sienten con fuerzas

para dar el paso definitivo en el camino de su salvación, porque piensan que nunca podrán cumplir como buenos cristianos. Quizás, amigo lector, tú eres uno de ellos; has oído o leído con gusto el mensaje de salvación, estás convencido de tu miseria, te agrada el Evangelio y sientes simpatía por Jesucristo, el único que te puede salvar del pecado, del juicio y de la condenación. Pero piensas, y con razón, que Jesús es muy exigente: te obliga a despegar tu corazón de todo lo mundano, a derribar todos los ídolos de tu corazón. Te imaginas que tienes que emprender un duro y largo viaje, apoyado en tus propias fuerzas. Estás equivocado. No se te piden grandes esfuerzos para obrar bien. Lo único que Dios quiere de ti es que extiendas tu mano de mendigo para recibir el don de la vida eterna y el perdón gratuito de tus pecados, acogiendo en tu corazón al Señor Jesucristo. La fe que cobra energías por medio del amor (Gálatas 5:6) te inducirá a que aborrezcas todo lo que disgusta a tu Amado, y el Espíritu Santo vendrá a ti para fijar su morada en tu corazón. Su gracia, y no tus esfuerzos, te dará el poder de ser capaz de llevar una vida digna de un buen creyente. ¡Adelante, con buen ánimo! ¡No te quedes en «casi cristiano» (V. Hechos 26:28), que eso no salva a nadie!

III. SALVACION O CONDENACION

Y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.
(Juan 5:29)

¡Salvación... o condenación! He aquí el dilema inevitable para toda persona humana que viene a este mundo. Para ti, amigo que lees esto, para mí, para *todos*. Nadie puede escapar, por una puerta falsa, de esta tremenda alternativa que se presenta ante nuestra vista desde que salimos del vientre de nuestra madre: o seremos *salvos*, inmensamente felices por toda la eternidad, en la gloria del Cielo, o estaremos *perdidos* para siempre, por toda la eternidad, en la inmensa desgracia del Infierno. El dulce Jesús, al hablar de este asunto, no se anda con evasivas ni lenitivos que mitiguen la dureza de la cruda realidad, sino que proclama con énfasis, en Mateo 25:46: «*E irán éstos* (los impíos) *al castigo eterno, y los justos a la vida eterna*».

Todos nosotros estábamos perdidos por el pecado, todos marchábamos por el camino que lleva a la condenación eterna; pero Dios sale a nuestro encuentro por medio de Jesucristo. En Isaías 53:6 leemos: «*Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*». Y en Ecclesiastés 7:29: «*Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones*». Hay muchos caminos para apartarse de Dios, pero sólo un camino para volver.

Cada uno de nosotros se ha forjado su propio ídolo: de carne, de papel-moneda, de joyas, de diversiones, etc. Todos y cada uno nos hemos desviado de Dios por una falsa senda, perdiendo la la brújula que marca el norte de nuestra vida y malgastando nuestra herencia en cosas que no pueden satisfacer nuestra sed de felicidad. «*Dos males ha hecho mi pueblo* —dice Dios en Jeremías 2:13—: *me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas que no retienen agua*». Todo aquél que ignora a Dios, que rechaza a Jesucristo y se va tras los afanes, las riquezas y los placeres de esta vida temporal, abandona el manantial que apaga la sed y se construye cisternas fétidas y agrietadas que corrompen y dejan escapar el agua. Dios ha puesto una sed inmensa, un afán abismal, en el corazón del hombre, y esa nostalgia infinita no se cura sino con Dios, que es el bien infinito. «Nos hiciste, Señor, para ti —escribía Agustín de Hipona— y está intranquilo nuestro corazón hasta que descanse en ti».

Sí, el pecado nos ha alejado de Dios, el bien infinito, y nos ha extraviado del camino que conduce a la vida eterna ¡Estábamos perdidos! Tú, y yo, y todos los demás. Pero el Evangelio nos ofrece un versículo sumamente consolador. Dice

Jesús en Lucas 19:10: «*Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido*». Examinemos de cerca esta frase «buscar y salvar lo *perdido*». Una cosa o una persona puede perderse de dos maneras: por hallarse fuera del lugar que le corresponde o por echarse a perder. Si alguien me roba la cartera, con el dinero y la documentación que contiene, he perdido la cartera, con el dinero y la documentación que contiene he perdido la cartera, porque debería estar en mi bolsillo y se halla en manos de quien no es su dueño, aun cuando la cartera no haya sufrido por eso ningún deterioro. Pero si compro un kilo de carne y la dejo en verano durante varios días fuera de la nevera, la carne no cambia de lugar, pero se echa a perder. De ambas maneras estábamos perdidos cuando Jesucristo vino a buscarnos y a salvarnos: éramos ovejas perdidas y echadas a perder. Cuando el primer hombre pecó, fue expulsado del Paraíso, que era su domicilio; el lugar y el clima propios de la inocencia original. Pero, además, se echó a perder interiormente, quedando abocado al sufrimiento, a la enfermedad, a la muerte, al error, a la ignorancia, a la insatisfacción, al temor, a la angustia, a la concupiscencia, y a todas las perversas obras de la carne. Con la expulsión del Paraíso, se le cerró también el acceso al árbol de la vida.

Es entonces cuando Jesucristo viene a este mundo a buscar y a salvar lo que estaba perdido: a rescatarnos de la condenación, a darnos la vida eterna, a devolver a nuestra personalidad el brillo y el valor que la imagen de Dios imprimía en el primer hombre antes de su caída. Al deteriorarse en nosotros, por obra del pecado, la imagen de Dios, todo nuestro ser se echó a perder. No se puede hablar simplemente de la pérdida o de la

salvación de nuestra alma, sino de toda nuestra persona. No es que hayamos perdido *algo*, sino que es *alguien* el que está enteramente perdido. En este sentido hemos de interpretar Marcos 8: 36, cuando el Señor dice: «*¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?*». Por eso, la posesión del reino de los cielos, o sea, la salvación personal para vida eterna, es comparada en Mateo 13:45-46 al estupendo negocio de «*un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró*».

¡Amigo que me lees! Tu valor como persona, el valor de tu vida, como el valor de mi existencia, no está en lo que *tienes*, sino en lo que *eres*. (Lucas 12:15). Un asno cargado de oro, sigue siendo tan asno como antes. Todo lo que tienes es una mera adherencia que no te hace más rico ni más pobre; desnudos vinimos a este mundo, y desnudos entraremos en la eternidad. Sólo quedará lo que haya enriquecido *por dentro* nuestra personalidad: todo lo que la verdad, la belleza, el amor, en fin, la *vida* verdadera, ha ido depositando en el fondo de nuestro ser. Ésa será nuestra riqueza por toda la eternidad. En cambio, el hombre es realmente pobre y perdido, cuando es esclavo de la ignorancia, del error, del vicio, del pecado, del demonio.

Jesucristo ha venido a rescatarnos del miserable estado en que nos encontrábamos por el pecado. El Nuevo Testamento, al hablar de la redención o rescate que Jesús pagó por nosotros, emplea un verbo griego que significa comprar un esclavo en el mercado público y sacarlo de allí para otorgarle la libertad.

Se cuenta de un diplomático español en París, allá a primeros de siglo, que perdió una moneda

de diez céntimos en un oscuro pasillo del Palacio de Versalles y, para encontrarla, encendió un billete de mil pesetas. Cuando se le quiso hacer ver lo insensato de tal proceder, contestó con quijotesca hidalguía: —Lo hago porque esa moneda lleva la efigie de mi rey y no consiento que nadie la pueda hollar.

Esta ilustración puede ofrecernos una pálida idea de lo que el Apóstol Pablo llama «la locura de la Cruz». El Hijo de Dios se hace hombre y sube al patíbulo del Gólgota a derramar toda su sangre para rescatar la imagen de Dios en el hombre, perdida por el pecado. Para tan tremendo precio, no por el material de que estamos hechos, sino por la gloria que el amor de Dios ha impreso en la personalidad del ser humano. Lo que valemos como imagen de Dios, sólo es calculable por lo que Él mismo ha pagado. Dice el Apóstol Pedro: «*sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir* —es decir, de una vida vacía de sentido—... *no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo*». ¡Cuánto ha de valer la vida divina del hombre, para que se pague por ella con la vida humana del Hijo de Dios!

Es con estas consideraciones, como podemos percatarnos de la tremenda alternativa que supone el mayor de los dilemas humanos: salvación o condenación. Es ahí donde se pone a prueba la suprema sabiduría del hombre, según aquella inmortal estrofa clásica de nuestra poesía castellana:

«Al fin de la jornada,
Aquél que se salva, sabe;
Y el que no, no sabe nada.»

«Ser salvo» debe ser, pues, nuestra primera preocupación. Es la primera reacción instintiva de todo corazón que ha sido tocado por la gracia del Espíritu Santo, y se ha percatado de la miserable condición en que se halla por el pecado. Tras el mensaje de Pedro el día de Pentecostés, todos cuantos fueron compungidos en sus corazones «*dijeron a Pedro y a los otros Apóstoles: varones hermanos, ¿qué haremos?*». Y el carcelero de Filipos, cuando sintió que había llegado para él la hora postrera, «*temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debe hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa*» (Hechos 2:37; 16:29-31).

Esta respuesta de Pablo y Silas es de capital importancia. Son muchos los caminos para desviarse de Dios, pero hay un solo camino para volver. Por eso, Jesucristo pudo decir: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí*» (Juan 14:6). Fijémenos bien en que no dice: «Yo soy *un* camino», uno entre tantos, sino: «*el* camino», el único camino de salvación; no dice: «Yo soy *una* verdad», una de las múltiples facetas en que la realidad trascendente se manifiesta a la percepción humana, sino: «*la* verdad», la verdad entera, el «Lógos» de Dios, la única Palabra del Padre, Palabra exhaustiva, «*el Alfa y la Omega*», según se define a Sí mismo el Señor en Apocalipsis 1:11, como si dijera: Yo soy el diccionario completo de la verdad de Dios. No dice: «Yo tengo vida», como cualquier otro ser sujeto al nacimeinto, al crecimiento, a la decadencia y a la muerte, sino: «Yo soy *la* vida», el principio y manantial de la vida perfecta, de la *vida eterna*, sin comienzo, sin cambio, sin fin.

Cristo es el insustituible. «*Hay un solo Dios*

—dice Pablo— *y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*» (1.ª Timoteo 2:5). Y Pedro asegura: «*En ningún otro hay salvación; porque no hay ningún otro nombre bajo el Cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos*» (Hechos 4:12).

Es preciso ser claros y explícitos en esta materia, para no caer en el pelagianismo, pensando que somos nosotros quienes hemos ido en busca del Salvador. ¡No, no es así! La profundidad de nuestra miseria y la sublimidad de la misericordia divina se han manifestado precisamente en que *hemos sido encontrados por Dios cuando nosotros no le buscábamos a Él* (V. Romanos 17:20); nos salió al paso, cuando marchábamos en dirección opuesta, dándole la espalda. Cuando el tremendo, ancho y profundo foso del pecado nos impedía el acceso a la vida (Isaías 59:1-2), fue Dios mismo quien tendió el puente en Jesucristo, hecho nuestro «Pontífice», es decir, nuestro *puente* hacia Dios.

Pero esta misma impotencia nuestra en el negocio de la salvación es una mayor garantía de seguridad. «*Mis ovejas* —dice Jesús— *oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguens y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano*» (Juan 10:27-28). ¡Grata certeza! Nuestra propia salvación no está en nuestras manos, no depende de nuestra fragilidad, de nuestra inestabilidad, de nuestra versatilidad, de nuestra volubilidad. Nuestra salvación está en las omnipotentes manos del Dios Uno y Trino, y de esas manos nada ni nadie nos puede arrebatar. «*¿Quién nos separará del amor de Cristo?*» —grita Pablo con todo el júbilo que comporta el optimismo cristiano, para responderse a sí mismo que «*ninguna cosa creada nos podrá separar del amor*

de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:35, 39). Todo es de gracia, todo es obra del amor del Padre, en la gracia de Jesucristo, y por el poder del Espíritu. «*Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió, no le ATRAJERE*» —según indica el verbo griego (Juan 6:44). Y unos versículos antes, dice: «*Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y el que a mí viene, DE NINGUNA MANERA le echo fuera*» (v. 37).

Todas estas Escrituras Sagradas , inspiradas por un Dios que no puede mentir, sino que siempre es fiel a su Palabra, porque sólo tiene una Palabra, que es su propio Hijo, son un gran consuelo para todos los creyentes. Todos esos textos nos aseguran que el verdadero cristiano no puede perder su salvación. Pero también hay personas que se engañan a sí mismas, que son tenidas por cristianas y se creen verdaderos creyentes, pero no lo son. Sintieron una sacudida emocional al escuchar un mensaje, paladearon un regusto de las cosas espirituales, pero les pasó como a la semilla que no echó raíces profundas; al salir el ardiente sol de la prueba, del dolor, de la persecución, se agostaron (V. Mateo 13:5-6, 20-21). A esta clase de «reincidentes» se refiere Hebreos 6: 4 ss. El 'test' definitivo del verdadero cristiano es una consagración interior al Señor y la manifestación, al exterior, del fruto del Espíritu Santo. Como dijo el mismo Jesús: «*Por sus frutos los conoceréis*» (Mateo 7:20).

Sólo un pámpano que vive de la vid espiritual que es Jesucristo, puede dar verdadero fruto, agradable a Dios (V. Juan 15:1 ss.). La salvación comporta el ser injertado en Cristo para recibir la vida eterna (V. Romanos 6:3-11), pues sólo así se puede llegar a ser «*participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay*

en el mundo a causa de la concupiscencia» (2.ª Pedro 1:4).

Ello implica un giro de 180 grados en nuestra vida. Se trata de adherirse a Jesucristo mediante la fe y un cambio radical de mentalidad. A este fenómeno llamamos «conversión». Esta palabra tiene un peculiar acento en 1.ª Tesalonicenses 1:9, donde Pablo dice: «*cómo os CONVERTISTEIS a Dios desde los ídolos* —éste es el sentido del original griego—, *para servir al Dios vivo y verdadero*». El concepto de conversión aparece con más frecuencia en el Antiguo Testamento, en las exhortaciones hechas al pueblo de Israel por medio de los profetas, a fin de que abandonen los ídolos y se vuelvan a Yahveh, al único Dios viviente y verdadero, dejando sus falsos criterios y su mala conducta (V. Isaías 55:8), y ajustándose a los pensamientos y a los caminos de Dios. Y el mismo Dios «*ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*» (Hechos 17:30).

Por tanto, la conversión, con el cambio de mentalidad que necesariamente comporta, significa que, para ser coherederos con Cristo de la vida eterna, como hijos de Dios, hemos de mostrar en el rostro los rasgos de familia, la naturaleza divina de la que somos partícipes; es decir, debemos pensar como Dios piensa, sentir como Dios siente, amar como Dios ama, actuar como Dios actúa; en una palabra, «*ser santos como Él es santo*» (Levítico 19:2). De ahí que la 'conversión' viene a ser como un 'ponerse en línea con Dios' en las cosas que afectan a la salvación. En efecto, Dios aborrece el pecado. Si amas el pecado, estás en contradicción con Dios. Por eso dice el Apóstol Juan: «*Y todo aquel que tiene esta esperanza en él* —o sea, la de ser semejante a Cristo— *se*

purifica a sí mismo, así como él es puro... Todo aquel que permanece en él, no peca... El que practica el pecado es del diablo... Todo aquel que es nacido de Dios, no PRACTICA el pecado». (1.ª Juan 3:3:, 6, 8, 9). Fijémonos en la palabra *'practica'*, que indica una 'praxis', un estado habitual de pecado, no una caída ocasional o *acto* de pecado que todos cometemos (1.ª Juan 1:8, 10 y Santiago 3:2). En cambio, el que abandona la 'praxis' del pecado, porque lo odia en su corazón, aunque caiga a veces por debilidad, se pone en línea con Dios o, como otros dicen, vive en 'estado de gracia'.

En 2.º lugar, Dios nos *acusa* de pecado. Si nosotros nos *excusamos*, estamos en contradicción con Dios. En cambio, si nos acusamos también a nosotros mismos, nos ponemos en línea con Dios. «*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos* (en griego: «homologumen» = decimos lo mismo) *nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (1.ª Juan 1:8-9).

Finalmente, Dios nos ofrece el perdón, la salvación, la vida eterna, en su Hijo. Creer en Jesucristo es ponerse en línea con Dios; rechazarle es permanecer en contradicción con Dios, encerrarse en la propia condenación (V. Juan 3:17-21), quedar privado de la vida. «*El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree, a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida*» (1.ª Juan 5:10-12).

En el capítulo 6 del Evangelio según San Juan, versículos 28-29, los judíos preguntan a Jesús: «*¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?*». Le habían oído hablar de «*trabajar, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece*» (versículo 27), y creían que se trataba de *hacer* algo *más* de lo que hacían, según la Ley, para agradar a Dios. Jesús les responde: «*Ésta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado*». Como si dijese: Lo que agrada a Dios, lo que Dios espera de vosotros, no es que añadáis a la lista de los mandamientos uno más, sino que recibáis *por fe* al que Dios ha marcado como verdadero «Ungido» =Cristo o Mesías: «*porque a éste SELLÓ* —así dice el original— *Dios el Padre*» (versículo 27).

Los judíos no comían ni comen otra carne que la que lleva el sello del rabino que la garantiza como *limpia* y, por tanto, comestible. Dios-Padre ha sellado con el cuño del Espíritu Santo la carne de Jesucristo como pura y comestible, es decir, ha garantizado que el cuerpo de Cristo, roto por nosotros en la Cruz del Calvario, es el alimento para vida eterna, para todos aquellos que lo reciban en sus corazones por fe (V. Juan 6:51-58). «*Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás*» (Juan 6:35). ¡Amigo lector! ¿Tienes hambre de salvación? ¿Tienes sed de felicidad? ¡Ven a Jesús y serás saciado!

IV. ENCUENTRO CON JESUCRISTO

Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo»

(Hechos 16:30-31)

Salvarse es tener un encuentro con Cristo por medio de la fe. La palabra 'fe' siempre implica una seguridad, pero tiene en el Nuevo Testamento, al menos, tres sentidos diferentes: 1.°, una seguridad en la propia conciencia, de actuar conforme a lo que Dios manda, o sea, de acuerdo con la voluntad de Dios, según nos es conocida. En este sentido, dice el Apóstol Pablo en Romanos 14:22-23: «*¿Tienes tú fe? Tenla para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace CON FE; y todo lo que no proviene de fe, es pecado*».

En un 2.° sentido, 'fe' es la confianza absoluta que se tiene en el poder de Dios para otorgarnos

una gracia o bendición, o para obrar maravilias por nuestro medio. En este sentido dijo Jesús a los Apóstoles: «*De cierto os digo, que si tuviereis fe com oun grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible*» (Mateo 17:20).

Ninguno de estos dos sentidos o clases de fe es suficiente para salvarse. Una persona puede tener buena conciencia o, como solemos decir, *'buena fe'*, y no haber llegado todavía al conocimiento de su miseria y a la necesidad de ser salvo por medio de Jesucristo. En Romanos 10:2, Pablo da testimonio de que sus congéneres, los judíos inconversos, tenían verdadero «*celo de Dios*», o sea, «buena voluntad» o «buena fe», «*pero no conforme a ciencia*», es decir, sin el conocimiento de la verdad objetiva del Evangelio. Esto debe servir para hacernos caer en la cuenta de que la «buena voluntad» no es suficiente para salvarse, contra lo que se piensa en amplios círculos religiosos. La «buena voluntad» o «celo de Dios» es, como dice John Murray, «una cualidad neutra; su carácter ético depende del objetivo en que se centra» *(On Romans,* II, p. 48). Pascal cometió un gran error al decir: «De buena gana creo a testigos que se dejan matar». Más avisado estuvo Agustín de Hipona al escribir: «No es la sentencia de muerte, sino la causa por la que se muere, la que hace que una persona sea mártir», o sea, verdadero testigo.

Tampoco la fe que obra milagros, salva por sí misma. Pablo asegura: «*Si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy*» (1.ª Corintios 13:2). Para Dios, el que tiene una fe milagrera, pero le falta la entrega del corazón, o sea, la verdadera fe salvífica que obra por el amor, es como un cero a la izquierda; porque el Apóstol no dice: «nada tengo», sino «*nada soy*». Y el mismo Jesucristo dice en Mateo 7:22-23: «*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*».

Finalmente, hay en el Nuevo Testamento un tercer sentido de la palabra 'fe', que indica creer en Jesucristo para salvación. Esta fe comporta una entrega total de la persona: mente, corazón y voluntad. La mente asiente a una verdad, centrada en un hecho, o sea, en algo objetivo. «*Si creyeres en tu corazón* —dice Pablo— *que Dios le levantó* (a Jesucristo) *de los muertos, serás salvo*» (Romanos 10:9). Con el sentimiento se da crédito a la persona que nos habla. Así leemos en Juan 4:50: «*Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue*». Finalmente, con la voluntad la persona se entrega del todo, con sus pecados, con sus miserias, y con su necesidad de salvación sentida con angustia, echándose en los brazos de Jesús y depositando en él toda su esperanza de salvación. Este último es el paso decisivo, sin el cual no existe propiamente la fe que salva. Una persona puede asentir mentalmente a todas las verdades de la fe, sin entregar su corazón a Jesucristo. Por eso, dice Santiago: «*Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan*» (Santiago 2:19). Dar crédito a Dios es necesario para salvarse, pero tampoco es suficiente. Nótese en el pasaje aludido de Juan 4:50, que el palaciego da crédito a las palabras de Jesús, pero es en el versículo 53 donde se nos dice que «*creyó él con toda su casa*». Fue enton-

ces, no antes, cuando se convirtió en un verdadero *creyente.*

¿Cómo nos define el Nuevo Testamento la fe que salva? De tres maneras: como una firme seguridad, como una acogida, y como una entrega. La primera definición, dentro de un amplio contexto de prueba, de sufrimiento, de paciencia, la hallamos en Hebreos 11:1, donde se nos dice que «*fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*». En medio de cualquier prueba, la fe es un ancla de seguridad y, al mismo tiempo, un anticipo o arras de la herencia eterna que nos está reservada. Ambos sentidos están incluidos en el vocablo 'hypóstasis' del original griego.

La 2.ª definición de fe la encontramos en Juan 1:12, donde, después de aludir a los judíos que rechazaron a Jesucristo, se nos dice: «*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*». Aquí vemos que la dignidad de hijos de Dios es conferida a cuantos creen en el nombre de Cristo, es decir, en la persona de Cristo, y este *creer* aparece allí como sinónimo de *recibirle,* o sea, de prestarle acogida com osu Salvador personal.

La 3.ª definición de fe, la más expresiva de todas, la da el propio Jesús, en su diálogo con Nicodemo, al decir: «*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*» (Juan 3:14-15). Para comprender bien lo que es la fe salvífica, como el Señor quiere que sea comprendida por el erudito fariseo, lo mismo que por la ignorante samaritana, por el iletrado lo mismo que por el sabio, por el pobre y por el rico,

es menester volver la vista al episodio del Sagrado Libro de Números 21, al que Jesucristo se refiere. Allí vemos al pueblo de Israel, retornando hacia el Mar Rojo, para dar un rodeo en su peregrinaje hasta la Tierra Prometida. El pueblo se desanima en el camino y, una vez más, se rebela «*contra Dios y contra Moisés*» (versículo 5). Entonces Dios envió entre el pueblo serpientes 'ardientes' —es decir, venenosas—, que mordían al pueblo. «*Y murió mucho pueblo de Israel. Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes. Y Moisés oró por el pueblo. Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente* —es decir, de bronce bruñido, como aparecen los pies de Jesús en Apocalipsis 1:15— *y ponla sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía*» (versículos 6-9).

Hasta aquí el episodio a que se refiere Jesucristo. Ahora trasladémonos con la imaginación, durante unos momentos, al campamento del pueblo judío en el desierto y fijémonos en los centenares de heridos, de agonizantes, a causa de las mordeduras de las serpientes venenosas, en medio de muchos otros que yacen ya cadáveres por la misma causa. Acerquémonos a un joven, tendido en el suelo, retorciéndose de dolor, lívido el rostro, cárdenos de fiebre los labios, sin esperanza de curación y próximo a la muerte. Y, de repente, vemos que su madre corre hacia él y le dice con frases apresuradas, entrecortadas por la emoción: «¡Hijo mío! ¡Ánimo! ¡Vuélvete de este otro lado, y mira hacia allá, a la serpiente aquella le-

ventana sobre un asta. ¡Si lo haces, estás salvado de la muerte! ¡Estás curado!».

¡Querido lector! ¡Fíjate bien en lo que Jesucristo nos enseña con esto, porque de ello depende nuestra salvación, la vida eterna! Todos nosotros hemos sido mordidos por la serpiente, todos somos víctimas del pecado. Pero, allí en lo alto de la Cruz del Calvario, está pendiente el Hijo del Hombre, Jesucristo, hombre verdadero, el único *Hombre* con mayúscula, que es a la vez Dios, el Hijo de Dios, *el Verbo de Dios,* la revelación exhaustiva del amor de un Dios infinitamente misericordioso al hombre irremisiblemente perdido. El que cree en el Crucificado, se salva. Para Cristo, pues, el creer en él equivale a dirigir una mirada angustiosa al Calvario, una mirada de esperanza suprema, bajo la convicción de una muerte eterna, condenados al Infierno, a menos que volvamos la vista de la fe, en una entrega total, a ese Hombre-Dios que allí muere *por nosotros;* es decir, a favor nuestro y en nuestro lugar.

Sí, en nuestro lugar. Jesús está allí expiando la pena de nuestros pecados. Dice Pablo, en 2.ª Corintios 5:21: «*Al que no conoció pecado* —al inocente—, *por nosotros lo hizo pecado* —víctima responsable de todos los pecados—, *para que nosotros fuésemos hechos de Dios en él*». En otras palabras, Dios nos califica y nos establece como justos en su santa presencia, a trueque de cargar a la cuenta del inocente Jesús nuestras culpas. «*Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*» —había profetizado Isaías 500 años antes (Isaías 53:6).

En virtud de esa sustitución salvadora, nadie puede pasar indiferente por delante de la Cruz de Cristo. Nadie puede volver la vista a otra parte, bajo pena de condenación. Nadie puede sal-

varse a sí mismo, ni acudir a otro médico en busca de curación. Es preciso que Jesucristo muera, es preciso que nos fijemos en su Cruz, es preciso que aceptemos el hecho de su muerte como garantía de nuestra vida, es preciso que pongamos toda esperanza de perdón y de amparo en ese Hombre que, siendo el Hijo de Dios, está sufriendo el desamparo de su Padre.

Por eso no es la compasión ante sus llagas, sino la fe en que *por sus llagas somos curados,* lo que nos salva. De cinco clases de personas que asisten al drama del Calvario, cuatro piden en vano a Jesús que se salve a sí mismo, que baje de la Cruz, para poder creer en él. Sólo una persona, el arrepentido ladrón, crucificado también a su lado, convicto y confeso, no le pide que se salve a sí mismo, ni que se baje de la Cruz, para creer en él, ni que lo salve a él de la crucifixión, sino que, reconociendo en él al Rey de un reino que no es de este mundo, de un reino cuyo señorío arranca de esa Cruz, espera junto a él el momento de la muerte, y se limita a suplicarle: «*Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*». La respuesta de Jesucristo no se hace esperar: «*De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso*» (Lucas 23:42-43). Comenta Bossuet: «Cuatro palabras llenas de gloriosa inmensidad: *'hoy'* ¡qué prontitud! *'estarás'* ¡qué seguridad! *'conmigo'* ¡qué compañía! *'en el Paraíso'* ¡qué felicidad!

Sí, Jesucristo está en la Cruz en nuestro hogar. Hubo un hombre llamado Barrabás, preso por sedición y homicidio. Jesucristo fue arrestado como él. Uno de los dos iba a morir en la Cruz. El gobernador romano Poncio Pilato sale al balcón del pretorio en la mañana del Viernes Santo y pregunta al populacho: «*¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron A Ba-*

rrabás. Pilato les dijos ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijerons ¡Sea crucificado! Y el gobernador les dijos Pues, ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado!» (Mateo 27:21-23). Fue entonces cuando el cobarde Pilato se lavó las manos, como si ello le eximiera de la responsabilidad y, después de soltarles a Barrabás, les entregó a Jesús para que fuese crucificado.

Podemos imaginarnos a Barrabás, libre de las cadenas, saltando de alegría y siguiendo con alborozo y curiosidad el siniestro cortejo que acompañaba a Jesús hasta el Calvario. Viendo a Cristo clavado en la Cruz, Barrabás diría para sus adentros: ¡Ahí debería estar yo ahora, donde está ese hombre, si el sufragio popular no se hubiera inclinado a mi favor! Su condenación ha sido mi liberación.

Cada uno de nosotros, delante de la Cruz de Jesucristo, puede decir como Barrabás: ¡Ahí debería estar yo por mis pecados!

Sí, Jesús está sufriendo lo que nosotros merecíamos. Nuestros pecados merecían la condenación eterna, el Infierno. ¿Y qué es el Infierno? El Infierno queda definido en esta frase del Señor: «*¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno!*» (Mateo 25:41). El Infierno es el desamparo de Dios y una sed irrestañable de felicidad, que quema como el fuego, sin acceso posible al agua viva de la salvación. Jesús lo expresa magníficamente en la historia del rico inmisericorde, vulgarmente llamado el Epulón, y del mendigo Lázaro. Las tornas se cambian en la otra vida: el mendigo es transportado al glorioso lugar que corresponde a los hijos de Abraham según la fe, mientras que el rico es presentado sufriendo los tormentos del Infierno (V. Lucas 16:19-31). ¿Qué pide el rico

cuando se halla en el Infierno? Un poco de agua para refrescar su lengua. ¿Qué contesta Abraham? Dos cosas: la primera, que su sed no puede ser saciada ahora, porque en vida equivocó el camino de la felicidad; segunda, que entre el Infierno y el Cielo hay una sima infranqueable, la cual impide para siempre la comunión con Dios.

Ahora bien, ¿cuáles son las dos últimas frases del Señor en la Cruz, antes de dar por consumado el sacrificio y entregar su espíritu en manos del Padre? Son dos frases que condensan los dos tormentos del Infierno antes referidos. La primera es: «*¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?*» (Mateo 27:46). La segunda es: «*¡Tengo sed!*» (Juan 19:28). Es cierto que Jesús tenía sed física por la deshidratación que el desengramiento le producía, pero si hubiese sido esta sed física la que él quería, ante todo, aplacar, habría bebido hasta la última gota del anestesiante brebaje que le ofreció el soldado. Lo probó porque era amargo, pero no lo bebió, porque quería sufrir con plena consciencia hasta el fin.

Pero lo que verdaderamente supera la comprensión de todo entendimiento creado es el grito que Mateo y Marcos nos transcriben en arameo, para que no quepa duda alguna de su original y total autenticidad: «*Elí, Elí, ¿lamma sabactani? Esto es, ¡Dios mío, Dios mío! ¿A qué fin me has desamparado?*» No se trata del abandono físico, sino del desamparo moral. Dios está allí. El Padre no ha podido marcharse del Gólgota porque está en todas partes, pero le ha vuelto la cara al otro lado a Jesucristo. Aquel que «*siendo en forma de Dios*» (Filipenses 2:6), es igual al Padre, tan Dios como el Padre, porque tiene una misma naturaleza divina común a él y al Padre (V. Juan 10:30), experimenta en su na-

turaleza humana el desamparo de Dios, la aversión de Dios, el castigo de Dios, la infinita distancia moral de un Dios cuya cercanía física no puede ser mayor, pues no hay en el Cielo ni en la Tierra una unión mayor entre el Creador y la creatura que la unión hipostática. ¿Cuál es la clave de este tremendo misterio? La clave de este indescifrable misterio está en las palabras del Apóstol en 2.ª Corintios 5:21, que más de una vez hemos citado: «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*».

Y por ese grito de Cristo, sí, por ese desamparo de Jesús, todo aquel que se acerca, compungido y con fe, a los brazos del Señor, es salvo para siempre, ha escapado del desamparo eterno. Por mucho que sufra después en esta vida, siempre podrá sentir a su lado la presencia espiritual y el cariñoso amparo de Alguien que, en el primer Viernes Santo, sufrió en soledad absoluta el desamparo de Dios, y sorbió hasta las heces la amarga copa del dolor. Solo y desnudo, pendiente de una Cruz entre el Cielo y la Tierra, como si ambos lo vomitaran, Jesucristo está allí como un hito gigante que divide en dos partes la Historia y la geografía de la humanidad. En el tribunal religioso, ha sido acusado de blasfemo; en el tribunal político, condenado como antigubernamental; en el tribunal del arte y de la cultura, tenido por mentecato. Llevado al cadalso, ha entregado cuanto tenía: sus vestidos, a la soldadesca; su perdón, a los verdugos; su reino, a un ladrón; y su madre, a un discípulo.

¡No le queda nada, nada! Y, sin embargo, es entonces cuando ha permitido que se le llame «rey», escrito encima del madero transversal en las tres lenguas del Imperio; y es entonces cuando responde con dulzura y soberanía a la mención que se le hace de su Reino. En realidad, la Cruz es el trono desde el que Jesús comienza su reinado, porque a partir de su sacrificio cruento en el Calvario, es cuando el Reino de Dios en la Tierra cobra toda su efectividad, pues es en la Cruz donde, como dice el apóstol Pablo, Cristo despojó de su botín a los principados y potestades espirituales de maldad, exhibiéndolos públicamente como un trofeo (Efesos 4:8-10; Colosenses 2:15). Isaías había predicho: «*Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho*» (Isaías 53:11); y en Hebreos 12:2, para alentarnos en las pruebas y tribulaciones, se nos exhorta a fijar nuestros ojos «*en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la Cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios*».

Para terminar esta meditación sobre el encuentro con Jesucristo, volvamos nuestra vista a la fuente y origen del misterio de nuestra salvación. Es preciso hacerlo, para subsanar un particular equívoco en el que pueden caer incluso los creyentes que no conozcan bien la Palabra de Dios. Hay quienes piensan erróneamente que Dios Padre estaba lleno de ira contra los pecadores y que fue el Hijo el que decidió encarnarse y morir en la Cruz por nosotros para aplacar a un Dios airado. Esto no es exacto y desfigura el carácter misericordioso de Dios Padre, como si fuese un tirano ávido de venganza y de sangre. La verdad objetiva, bien clara en la Biblia, es que Dios Padre «*de tal manera amó*» (Juan 3:16) a los hombres de este mundo pecador, que envió a su Hijo Unigénito y lo puso en la Cruz, no para aplacar su ira, sino para proveerse de un sacri-

ficio propiciatorio con el que, mediante una satisfacción vicaria, el infinito amor que nos tenía quedase libre para derramarse sobre nosotros sin las trabas que su carácter santo, ultrajado por el pecado, le oponía. En la Cruz, Dios no *condena* el pecado, ni *condena* al pecador, sino que lo *sustituye* por su Hijo, en cuyas espaldas carga nuestros pecados, para que nosotros disfrutemos de su perdón. El último responsable (no culpable) de la muerte de Jesucristo no fueron los verdugos, porque «*no sabían lo que hacían*» (Lucas 23:34), ni los judíos que lo llevaron al patíbulo, pues de ellos dice el apóstol Pedro que lo hicieron por ignorancia (Hechos 3:17); tampoco nuestros pecados, porque nuestros pecados merecían el Infierno, no el Calvario; ni siquiera Jesús, porque Él cumplía la voluntad de otro (V. Juan 10:18). Ese otro, que es Dios Padre, es el responsable de nuestra salvación y el que planeó la Cruz desde toda la eternidad (Apocalipsis 13:83. Oigamos al apóstol Pedro en Hech. 2:23: «*A Éste* (Jesús), *entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole*».

¡Amigo lector! Dios te ha amado y te ama desde la eternidad, hasta tal punto que no ha dudado en enviar a su único Hijo a este mundo a morir por ti. Puedes estar seguro de que, aunque fueses tú la única persona en este mundo necesitada de salvación, Dios hubiese hecho igualmente, con gusto, tal sacrificio. ¡No menosprecies esa sangre derramada por ti! ¡No tengas por inmundo ese sacrificio de Cristo (Hebreos 10:29), puesto que sólo por fe, recibiendo a ese Jesucristo, muerto por tus pecados y resucitado para tu justificación (Rom. 4:25), puedes recibir la vida eterna, escapando de una condenación cierta!

V. NACER DE NUEVO

De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Juan 3:3

¡Nacer de nuevo! ¡Cuántas personas querrían volver a nacer otra vez o, por lo menos, volver a la niñez o a la juventud! Y repiten con nostalgia la ya clásica estrofa:

«Juventud, divino tesoro,
que te vas para no volver...»

Mucha gente desearía que las saetas del reloj pudiesen volver atrás, diez, veinte, treinta, o más años, para disfrutar de nuevo de la vida con salud y vigor juveniles. Otros querrían volver a nacer para corregir errores pasados, sin percatarse de que, quizá podrían corregir algunos errores, pero cometerían otros diferentes, y tal vez más graves.

El hinduismo, la teosofía y, en general, todos los ocultistas, que ahora están en cuarto creciente, sostienen que cada ser humano pasa por un número no definido de reencarnaciones, muriendo y volviendo a nacer con distinto cuerpo, hasta quedar enteramente purificado del «karma» maligno, de las escorias que nuestras acciones han acumulado sobre nuestra personalidad, y hasta que hayamos aprendido bien, en las escuelas de las diferentes vidas, el método perfecto de unión con la divinidad.

Sin embargo, en la Epístola a los hebreos, 9:27, leemos: «*...está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*». Es cierto que los muertos que fueron resucitados por Jesucristo, murieron dos veces, pero, en realidad, vivieron una sola vida mortal, ya que la primera muerte fue para que «las obras de Dios se manifestasen en ellos». Fue, pues, una muerte —podríamos decir— provisional. En todo caso, cuando volvieron a la vida, aquello no fue un «nacer de nuevo», y mucho menos una reencarnación. Y el anhelo del apóstol Pablo no era el «encarnarse de nuevo», sino estar ausente del cuerpo y presente al Señor, esperando con ansia, eso sí, llegar a la definitiva y gloriosa resurrección de los muertos (2.ª Corintios 5:1-10).

Por tanto, nacer de nuevo en cuanto a la vida física, es decir, biológica, es una utopía antibíblica. En nuestra mente y en nuestro corazón debe quedar bien fija la idea de que, según la Palabra de Dios, tenemos una sola vida terrenal, de la cual habremos de dar cuenta al Señor, y una sola muerte física, tras la cual viene inmediatamente un juicio definitivo e irrevocable.

Esto en cuanto a la vida física, porque, en cuanto a la vida espiritual, todos podemos y debemos nacer de nuevo. ¿Por qué es esto así? Sencillamente, porque la parte espiritual de nuestro ser, lo que nos distingue de los animales e imprime en nosotros la imagen de Dios, está muerta por el pecado y, como consecuencia, nuestro cuerpo de pecado es también un cuerpo de muerte. Una persona inconversa está muerta espiritualmente. El Apóstol dice en Efesios 2:1 que «*estábamos muertos en nuestros delitos y pecados*». Ahora bien, un cadáver no puede hacer nada por sí mismo; nadie puede darse a sí mismo la vida; «nacer» y «resucitar» suponen un estado de pasividad, del cual sólo otra persona nos puede sacar; nadie *se nace* o *se resucita* a sí mismo. Tampoco puede arreglarse nuestra perdida condición espiritual por medio de una vida honrada; eso equivaldría a poner cataplasmas a un cadáver.

Nicodemo era un fariseo honrado y observante de la Ley. Más aún, San Juan nos lo presenta discurriendo correctamente acerca del valor apologético de los milagros de Cristo. «*Rabí* —le dice al Señor—, *sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú hacer, si no está Dios con él*» (Juan 3:2). Y ¿qué le responde Jesucristo? ¿Acaso añade nuevas razones que confirmen las correctas conclusiones del observante fariseo? ¡De ningún modo! Dando a la conversación un giro de 180 grados, le dispara a bocajarro la verdad fundamental sobre la verdadera conversión: «*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*» (versículo 3). Como si dijese: tus conclusiones son correctas, pero insuficientes; para atisbar el plan de la salvación y entrar en el reino del Espíritu, es preciso recibir una nueva vida, una nueva naturaleza y, con

ella, unos ojos nuevos para ver y un corazón nuevo para creer con la fe que cobra energías mediante el amor (Gálatas 5:6), porque sólo el que nace así del Espíritu, mediante la Palabra de Dios, es libre como el viento, con la gloriosa libertad de los hijos de Dios (versículo 4-8), pues, como dice Pablo en 2.ª Corintios 3:17, «*donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad*».

¿Era ésta una enseñanza nueva? En realidad, no lo era totalmente. Cuando Jesús dice a Nicodemo: «*¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?*» (versículo 10), no tenemos derecho a ver en las palabras del Señor meramente una punzante ironía. Aquel fariseo que, probablemente, sabía de memoria la letra de la ley, quizás había olvidado la profecía de Ezequiel 36:25-26, cuya lectura nos ayuda a entender Juan 3:5 «*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*». Dice el Señor, por Ezequiel, en los versículos aludidos: «*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne*».

El agua es en la Biblia el símbolo, tanto de la Palabra de Dios, como de la gracia de Dios que perdona y limpia. A la clara luz de Efesios 5:26 y de 1.ª Pedro 1:23, vemos que el nuevo nacimiento a la vida eterna, a la vida del espíritu, es obrado por el Espíritu Santo mediante el ministerio de la Palabra y la aplicación de la eficaz gracia de Dios, que nos limpia de todo pecado, en virtud de la sangre de Jesucristo, derramada por nosotros en el Calvario.

Todo aquel que ha sido convencido de pecado

por el Espíritu Santo, abiertos los ojos para contemplar su propia miseria y su perentoria necesidad de salvación, y se acerca a la Cruz para recibir en Cristo la justificación por la fe, «paz para con Dios» mediante la sangre de Jesús, es que ha sido regenerado por el Espíritu, naciendo a una nueva vida, con una nueva naturaleza. Como dice Pedro, es hecho «*participante de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia*» (2.ª Pedro 1:4), o en palabras de Pablo, «*anda conforme al Espíritu, y no conforme a la carne*» (Romanos 8:4). «Andar» y «camino» son sinónimos de «conducta», según la mentalidad hebrea. Por tanto, ser partícipes de la naturaleza divina no comporta una participación del ser divino, sino una imitación de la conducta divina, mediante el cambio de mentalidad operado en nosotros por el Espíritu Santo: equivale a pensar com opiensa Dios, sentir como siente Dios y actuar de manera semejante a como actúa Dios.

Una conducta verdaderamente cristiana ha de manifestar al exterior, cual rasgos de familia, el *fruto* del Espíritu, del que habla el Apóstol en Gálatas 5:22-23: «*amor, gozo, paz, paciencia, benignidad...*». Si somos hijos de Dios, hemos de parecernos a nuestro Padre. Por eso, la tarea de nuestra santificación consiste esencialmente en una *docilidad* al Espíritu (V. Romanos 8:14), el cual, como divino artista, «*el dedo de Dios*» (comp. Éxodo 8:19 con Mateo 12:28; Lucas 11:20; Romanos 8:29), va cincelando en nosotros la imagen de Jesucristo. Leemos en Romanos 8:29: «*Porque a los que conoció de antemano* —es decir, a los elegidos—, *también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre mu-*

chos hermanos». ¿Cabe una gloria mayor? Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y coherederos con Él de una herencia infinita y eterna, de una herencia que le llega íntegra a Él, porque Él es hijo único; Dios no tiene más que un Hijo; por eso, los que le heredan son adoptados como hijos en el único *propio* Hijo, del que se nos habla en Romanos 8:32 y Gálatas 4:4.

En este mundo, los rasgos de Jesucristo en nosotros quedan oscurecidos por una conducta cristiana imperfecta e inconsecuente, y, en último término, por nuestro cuerpo de pecado que todavía espera su redención en la resurrección del día postrero. Mientras peregrinamos por este mundo, el poder del pecado queda *contrarrestado* por el poder del Espíritu, como dice el original de Romanos 6:6, pero no *destruido*, como traducen inexactamente la mayor parte de las versiones, incluida la Reina-Valera de 1960. Llegará un día, sin embargo, en que reverberá en todo nuestro ser la semejanza gloriosa del Señor resucitado. Cuando el Señor se manifieste en su Gran Día (Filipenses 1:6), entonces, dice Juan en su 1.ª Epístola 3:2, «*seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es*». Y continúa: «*Y todo el que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro*».

La esperanza en la redención total de nuestro ser, a la que hemos sido llamados en Cristo, es el soporte de nuestra fe en cuanto que ésta supo una adhesión total a la fidelidad de Dios a su Palabra respecto al porvenir, así como la fe es soporte de la esperanza en cuanto que la fe es una adhesión total a lo que Dios ha hecho por nosotros en el pasado. Según se mire a un lado o al otro, al futuro o al pasado, tienen vigor las afirmaciones de Pablo de que «*en esperanza fuimos salvos*» (Romanos 8:24) o de que «*somos salvos mediante la fe*» (Efesios 2:8). La fe es un ancla de seguridad; la esperanza es un motor que nos impulsa a seguir adelante con paciencia; el amor es la fuerza de gravitación que nos atrae como un imán.

Es aquí donde se manifiesta la verdadera *alienación* del ser humano. Los mundanos, que tienen puestas todas sus esperanzas aquí abajo, piensan que la felicidad del hombre consiste en disfrutar a tope de las cosas materiales y, por eso, tienen a los creyentes por «alineados», es decir, enajenados o locos, drogados por la religión o por las «*Sagradas Letras*» (2.ª Timoteo 3:15), o sea, la Biblia. Como dijo al Apóstol el gobernador Festo, según Hechos 26:24: «*Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco*». Así es como ven los mundanos a los creyentes: como gente extraña, como personas chifladas. Dice Pedro en su 1.ª Epístola 4:4: «*A éstos* —a los mundanos— *les parece cosa extraña* que *vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y los ultrajan*». Los mundanos no odian a los cristianos por ser *buenos;* nadie odia a una persona bondadosa; nos odian y nos ultrajan por ser *diferente*, «*cosa extraña*». ¿Y por qué este odio? Sencillamente, porque una conducta verdaderamente cristiana es una constante acusación sin palabras, un vivo testimonio contra ellos de que van por mal camino, por el camino de la condenación, es decir, por sendas de desgracia, de infelicidad.

Los enajenados no somos los cristianos, porque nuestra esperanza no es una ilusión, sino una certeza de vida eterna, o sea, de cumplida satisfacción de todas nuestras legítimas aspiracionesú mientras que los mundanos son los verdaderos

enajenados, ya que, en palabras de Isaías 55:2, «*gastan el dinero en lo que no es pan, y su trabajo en lo que no sacia*», o, como dice Dios en Jeremías 2:13, «*han abandonado la fuente de aguas vivas y se han cavado cisternas, cisternas rotas que no retienen agua*». Sólo Jesucristo es «*el pan de Dios que descendió del cielo y da vida al mundo*» (Juan 6:33); sólo Él puede apagar para siempre nuestra sed de felicidad, porque puede hacer surgir en nuestro interior «*una fuente de agua que salte para vida eterna*» (Juan 4:14).

El apóstol Pedro nos advierte que debemos estar preparados para dar *razón* de esa esperanza, o sea, para mostrar que hay verdadera *lógica* en nuestra *ética*. En mi opinión, esa defensa —o «apología», como dice el original— incluye tres factores de parigual importancia: 1.º Preparación bíblica. Mal podemos defender una esperanza basada en la Palabra de Dios, si no conocemos bien, con la mente y con el corazón, esa Palabra de Dios en que se funda nuestra esperanza. Este es el mal de muchos creyentes, que no pueden atreverse a entablar un diálogo fructífero con personas incrédulas o de otras religiones, por carecer de los conocimientos suficientes para ello. Es preciso conocer bien nuestra Biblia; y, si nos es posible, tratemos también de conocer lo que los otros opinan o creen. Así cumpliremos la exhortación del apóstol Pablo en 2.ª Timoteo 2:15: «*Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad*».

El 2.º elemento que se requiere para una defensa eficaz de nuestra esperanza es una conducta *consecuente* con nuestra fe. Sólo cuando nuestras creencia han alcanzado el grado de convicción experimental, tienen fuerza suficiente para

movernos a obrar de un modo consecuente. El carácter de una persona no es producto de una *idea*, sino de una *convicción*. Las ideas son cosa fría, casi cadavérica, mientras permanecen en el cerebro; por eso, hay muchas personas que piensan de un modo y obran de otro. Pero cuando una idea desciende al corazón y allí se calienta, y vuelve al cerebro convertida en convicción, ya no es una mera idea, sino un *ideal* al que se permanece fiel durante toda la vida.

En último lugar, necesitamos reflejar el *gozo* y la alegría que caracterizaban a los primeros cristianos (V. Hechos 2:46), y que tanto se echan en falta en muchos creyentes de hoy, que pasan con caras largas ante la mirada del transeúnte mundano, llegan lo más tarde posible a los cultos, se sientan en los últimos bancos, bostezan con aburrimiento durante la predicación (aun en caso de que ésta no sea un somnífero), cantan los himnos con desgana, y se marchan apresuradamente a sus casas, tan pronto como acaba el culto. ¿Por qué ese aburrimiento, ese tedio, esa insatisfacción? Seguramente es por lo que el escritor inglés Thomas Brooks dice de los cristianos imperfectos: «Son demasiado buenos para sentirse felices *con* el mundo, pero demasiado defectuosos para sentirse felices *sin* el mundo». Sin embargo, Jesucristo no nos pide despreciar ni abandonar cuanto de realmente bueno nos pueda ofrecer esta vida. Todo lo honesto, todo lo legítimo, recibe de la fe cristiana un nuevo motivo para ser amado con el único amor perfecto que se deriva del *ágape* divino. Lo único que Dios nos prohíbe es hacer de las cosas o de las personas *ídolos* ante cuyo altar quemamos nuestra verdadera felicidad, porque Dios, nuestro único y verdadero Dios viviente, es celoso de su gloria: de

la gloria que le pertenece como único Salvador necesario y suficiente, como única fuente de agua viva que sacia nuestra sed de felicidad.

¿Te has entregado, por Jesucristo, a este Dios, al único que te puede hacer feliz para siempre? ¿Has nacido, por el Espíritu, a la vida eterna? Hoy aún estás a tiempo. ¡No lo dejes para mañana, porque es tu eternidad la que está en juego!

VI. LA NORMA DEL CRISTIANO

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.

Juan 13:35

En este mensaje vamos a hablar de la verdadera norma de conducta del cristiano. Es una materia en la que necesitamos mucho estudio de la Palabra de Dios y mucha discreción, para huir de dos extremos igualmente equivocados: el legalismo farisaico y el antinomianismo relativista. Es un asunto tan delicado como es la base de la ética cristiana, es indispensable clarificar bien los conceptos.

Toda conducta exige una norma que la cualifique, dando a nuestras acciones el carácter moral objetivo que las distingue como buenas o malas. La norma moral puede ser constitutiva, preceptiva y declarativa.

La norma *constitutiva* es la esencial relación

de *dependencia* que nuestra existencia personal guarda con el plan de Dios sobre nosotros. Ésta es, en términos bíblicos, nuestra *verdad*, como se describe en el Sagrado Libro del Eclesiastés 12:13: «*Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre*». Como si dijese: el hombre se realiza enteramente como persona en su voluntaria sumisión al plan de Dios.

La norma *preceptiva* consiste en la ley divina: mandamiento o conjunto de mandamientos que explicitan preceptivamente la voluntad de Dios respecto a nuestra conducta moral. Ella nos dice lo que Dios manda o prohíbe hacer. Esta ley divina puede ser de dos clases: natural y escrita. Fijémonos bien en esta división, tras una lectura atenta de Romanos 2:12-16 (porque es de suma importancia para entender lo que diremos a continuación. Le *natural* es la que está impresa por Dios en el corazón de todo ser humano, de manera que nuestra propia naturaleza racional nos advierte, de parte de Dios, que nos ha creado como seres morales, de que ciertas acciones son buenas, honestas, lícitas, y otras no. Esta ley concernía a los gentiles, o sea, a los que no pertenecían al pueblo judío. Como dice Pablo en Romanos 2:14: «*Porque, cuando los gentiles que no tienen ley* —es decir, escrita— *hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos*». La ley *escrita* fue dada *exclusivamente* al pueblo judío, como aparece en Éxodo 20 y en Deuteronomio 5. Esta ley está condensada en el *Decálogo* —o las «Diez Palabras», conocidas entre nosotros como los «Diez Mandamientos»—, aunque la ley comprendía muchos más mandamientos particulares y detallados.

La norma *declarativa* es la conciencia. En el pasaje citado de Romanos 2:14-15, el apóstol Pablo dice que «*los gentiles que no tienen ley... son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos*». La conciencia es como una lucecita puesta por Dios para iluminar el camino recto que debemos tomar, y también como un timbre de alarma que nos advierte sobre lo que no debemos hacer, y ella misma nos acusa o nos excusa según que hayamos obrado en contra de nuestra conciencia o de acuerdo con nuestra conciencia. Es como un poste de luces de tráfico, con luz verde para obrar, y con luz roja para no pasar adelante. Pero, incluso la luz ámbar, nos avisa que es peligroso actuar. Para que nuestra acción sea moralmente buena, es preciso tener conciencia cierta de la bondad del objeto. Un cazador que sale al monte y atisba tras unas matas un objeto que se mueve, no puede lícitamente disparar mientras duda si se trata de un animal salvaje o de un ser humano. En este sentido dice Pablo en Romanos 14:23, refiriéndose a la carne de animales sacrificados a los ídolos: «*pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe* —es decir, con certeza—; *y todo lo que no proviene de fe, es pecado*».

¿Es siempre la conciencia una luz segura? Lo sería, si nuestro corazón no estuviese viciado por el pecado. El Apóstol habla en Romanos 1:18-21 de gentes que se obstinan en el vicio, deteniendo con injusticia la verdad, y cuyos razonamientos han quedado vacíos de sentido por tener el corazón entenebrecido. La práctica del mal es como una oxidación de la conciencia o como un cargagento de metal que desvía de su norte la imanta-

da brújula de nuestra razón práctica. Alguien ha dicho con razón: «cada pecado destila en el corazón una gota de ateísmo; algunos lo llenan hasta los bordes». Y en 1.ª Timoteo 4:1-3, se nos habla de falsos maestros que aparecerán en los últimos tiempos, los cuales prohibirán casarse y abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes. Y de estos maestros se dice que tendrán «*cauterizada la conciencia*». Es decir, nuestra conciencia debería estar siempre sensibilizada para marcar el norte, como una veleta sin oxidar que se mueve al soplo del Espíritu de Dios, o como una herida en carne viva, cuya cicatriz no ha sido obturada y endurecida por el cauterio; pero todo el que resiste a la luz, se va encerrando progresivamente en la tiniebla; todo el que desoye la voz de Dios en el desierto, va endureciendo su corazón y su oído, como una oveja descarriada para la que el silbido del pastor se va tornando cada vez más tenue.

Pero, aun suponiendo que la conciencia esté todavía sensible en nosotros, eso no quiere decir que, por nuestras propias fuerzas, podamos cumplir la Ley de Dios. Pablo asegura que la Ley de Dios, a pesar de ser santa y buena, fue ocasión para que el pecado resultase sobremanera pecaminoso, porque era un indicador de transgresiones, pero no daba fuerzas para cumplir lo que Dios mandaba, a causa del poder del pecado que anida en nuestra naturaleza caída. Esta corrupción es tan universal, que el Apóstol asegura que «*todos están bajo pecado*», porque no hay ningún cumplidor de la Ley; así que «*por las obras de la Ley, ningún ser humano será justificado delante de Dios*» (Romanos 3:9, 20).

¿Qué haremos, pues? Gracias a Dios, tenemos

el remedio por medio de nuestro Señor Jesucristo, el cual es «*el fin de la ley, para justicia a todo el que cree*» (Romanos 10:4), de manera que ya no somos justificados por las obras de la ley, sino por la fe en la sangre de Cristo (v. Romanos 3:25, 28). Y los que han muerto y resucitado con Cristo, han muerto también a la ley. Romanos 7:6 dice taxativamente: «*Pero ahora estamos libres de la Ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra*». Este versículo merece un breve análisis: aquí se nos habla de un *cambio de régimen,* que comporta una especie de nueva ley constitucional. Hemos muerto a la ley antigua, la cual incluye el Decálogo; la Ley no nos *obliga;* en realidad, a nosotros nunca nos obligó la Ley, puesto que la inmensa mayoría de creyentes no somos de extracción hebrea; pero tampoco obliga a los judíos conversos, puesto que Jesucristo, por la obra de su sangre, ha derribado el muro de separación, de modo que el Apóstol puede asegurar en Gálatas 5:6: «*porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que cobra energías por el amor*».

¿Quiere esto decir que el cristiano ha quedado sin ley, sin norma de conducta? ¡No! El mismo Apóstol dice en 1.ª Corintios 9:20-21: «*Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la Ley) como sujeto a la Ley, para ganar a los que están sujetos a la Ley; a los que están sin Ley, como si estuviera sin Ley (no estando yo sin ley de Dios, sino dentro de la ley de Cristo), para ganar a los que están sin Ley*». Por tanto, el cristiano, tanto gentil como judío, no está sujeto a la Ley antigua, sino dentro

de la ley de Cristo. Y, ¿cuál es la ley de Cristo? Oigámosle a él mismo, en Juan 13:34-35: «*Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*». Y en 15:12, dice taxativamente: «*Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado*». Las «diez palabras» —como llaman los judíos al Decálogo— se han condensado en un solo mandamiento, merced a la persona y a la obra del «Logos» o Verbo de Dios, única Palabra (con mayúscula) del Padre, Palabra viva y personal, caliente con el fuego del Espíritu que lleva dentro, porque el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (v. Juan 15:26 y 16:13-15); Palabra infinita y eterna, exhaustiva, porque el Verbo es Dios como el Padre; Palabra en que el Padre se manifiesta como es (v. Juan 1:18; 14:9) y en la que pone punto final a la Revelación Especial que nos hace de su plan de salvación (v. Hebreos 1:1-3).

Así, pues, la nueva alianza de Dios con la Iglesia, a través de la sangre de Cristo, comporta un nuevo régimen: justificación de pura gracia mediante la fe (v. Romanos 3:21-31; Efesios 2:8-10). Este nuevo régimen tiene una nueva Ley, con un solo mandamiento: el *amor*, el *ágape* divino, que el mundo no conoce, porque este amor ha descendido de las regiones celestiales (v. Juan 3:16; Romanos 5:5; 1.ª Juan 3:1) y está fuera del alcance de nuestras propias fuerzas. Por eso, para cumplir este mandamiento, Dios nos proporciona un nuevo corazón, y en ese nuevo corazón fija su morada el Espíritu Santo, fruto personal del mutuo amor del Padre y del Hijo; al que metafóricamente podemos llamar el «corazón personal»

de Dios, puesto que es el propio Amor de Dios hecho persona (Romanos 5:5).

Este Amor personal de Dios nos ha regenerado, nos ha dado una participación de la naturaleza divina, *creándonos* espiritualmente en Cristo (Efesios 2:10). Por eso, dice Pablo en 2.ª Corintios 5:17: «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*». Salvos por la sangre de Cristo, somos una nueva *creación*, es decir, algo que surge de la nada como totalmente nuevo: partimos del cero de nuestra incapacidad; más aún, del déficit de nuestra miseria de pecado, a una existencia nueva, a la vida eterna, a la «*zoé*» de Dios. Muertos a la Ley, pues la Ley fue crucificada con Cristo en el Calvario (v. Colosenses 2:14), *cumplimos*, es decir, llenamos, completamos y rebasamos la Ley por medio del amor; por eso, Pablo afirma en Gálatas 5:14: «*Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Y en Romanos 13:8, resume: «*El que ama al prójimo, ha cumplido la ley*». Esta ley del amor no es una *ligadura*, sino una *liberación;* no hay nada tan eficazmente libre como el amor, pues no impone una sujeción o una atadura —que ésa es la etimología de «obligación»— sino una «devoción», en el verdadero sentido de la palabra, es decir, una consagración. Es cierto que también el amor *ata*, pero es muy distinto el modo de atar del amor, que es *oro*, del modo de atar de la Ley, que era *hierro*.

Cuentan de un señor adinerado que quiso adquirir un fiero mastín para custodiar su hacienda. Compró, pues, un perro enorme, feroz, difícil de domesticar, y lo sujetó bien con una gruesa cadena de hierro forjado. De esta manera lo sa-

caba a pasear, no soltándolo en ningún momento. Al cabo de dos meses, el fiero mastín se había aficionado a su dueño y se encontraba muy a gusto en su compañía. Por fin, un día, al salir de casa, el amo le soltó la cadena. El perro, al verse libre por primera vez, comenzó a saltar y a correr, alejándose por unos momentos de su dueño. Pero enseguida volvió a su lado; ya no necesitaba la cadena de hierro, porque otra cadena más fuerte le ligaba a su amo y bienhechor: una cadena de oro, que es el vínculo del amor.

Por eso, dice Agustín de Hipona: «¡Ama, y haz lo que quieras, porque ningún mal fruto puede brotar de esta óptima raíz del amor!». ¿Necesita un buena madre el mandamiento de no matar a sus hijos? ¡No, por cierto! Su corazón de madre es más grande que el mandamiento, y su amor a los seres que han salido de sus entrañas le impide, sin necesidad de leyes, de policías ni de jueces, el cometer tan criminal acción.

Así es el que ha nacido del Espíritu: «*El amor de Dios* —dice Pablo en Romanos 5:5— *ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*». El Espíritu Santo, el Amor personal de Dios, es también el *Don* personal de Dios. Tras el don de su amor, manifestado en la entrega de su Hijo (Juan 3:16), Dios nos da también con él «*todas las cosas*» (Romanos 8:32). El que no escatimó a su propio Hijo, ¿podrá negarnos algo bueno? Por eso, delante de cada «entregó», encontramos un «amó». Por ejemplo: «*De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo...*» (Juan 3:16). «*Me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gálatas 2:20). «*Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella*» (Efesios 5:25). Delante de todo buen *don*, debe darse primero el corazón. Por eso, cuando sospechamos

que alguien nos hace un regalo con una segunda intención, al margen de un verdadero afecto, por otros motivos y no por puro amor, inmediatamente despreciamos el regalo y al dador.

La ley exige *obras;* el amor produce *frutos.* Esta significativa diferencia puede constatarse leyendo Gálatas 5:19-23. Como el hombre inconverso tiene la mente y el corazón viciados por el pecado, no puede hacer *obras* buenas, no puede cumplir la Ley; de ahí que nadie puede quedar justificado por *obras,* porque el cuerpo de pecado sólo conduce *obras* de corrupción. «*Todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia*» (Isaías 64:6). De ahí que Gálatas 5:19 nos hable de «*obras de la carne*» en plural, no sólo porque son muy diversas, según la diversidad de caminos por los que nos hemos descarriado (v. Isaías 53:6) sino también porque la carne produce corrupción, desintegración, pérdida de la unidad interior. En cambio, al hablar de las buenas obras, para las que fuimos creados en Cristo Jesús (Efesios 2:10), el Apóstol las llama, en Gálatas 5:22, «*el fruto del Espíritu*», en singular, como una unidad integradora. Pablo enumera nueve, pero no dice «los frutos», sino «el fruto», porque esas nueve virtudes o buenas obras producidas por el Espíritu Santo en el creyente, surgen y crecen como *en racimo:* van juntas, como fruto de un mismo pámpano que permanece en la vid verdadera (Juan 15:1ss.).

Y, al terminar su enumeración, el Apóstol usa una frase muy expresiva, más expresiva todavía en el original, según el cual habríamos de traducir así: «*Frente a tales cosas no hay ley*»; como si dijese: ese fruto del Espíritu no está sometido a ninguna ley, no necesita ninguna obligación, porque surge espontáneamente del corazón, como fruto normal de una vida, de la naturaleza divi-

na que el Espíritu nos ha injertado en Cristo. Por eso, Pablo encabeza la enumeración de vicios y virtudes, en Gálatas 5:18, con esta frase sumamente iluminadora: «*Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley*».

Todo lo que llevamos dicho en este mensaje, dirigido a la instrucción y edificación de los creyentes, nos ayuda a ver más claro en un tema muy delicado y muy debatido; y mal entendido, por falta de un enfoque correcto. El problema consiste en lo siguiente: ¿Es todavía el Decálogo la *norma* del cristiano? A la vista de todo el Nuevo Testamento, respondemos decididamente: ¡No! Pero, para evitar equívocos que puedan conducir al antinomianismo, es decir, a la radical oposición a toda ley, nos vemos obligados a formular la siguiente precisión: Para el verdadero creyente, ni la observancia del Decálogo (como tal) es necesaria para la salvación, puesto que nadie se justifica por las obras de la Ley (recuérdese Romanos 10:4), ni su incumplimiento acarrea la condenación eterna, porque la sangre de Cristo limpia de todo pecado al creyente convicto y confeso ante Dios, de todo lo que oscurece la comunión con Dios (v. 1.ª Juan 1:7, 9). En efecto, si la inobservancia de la Ley fuese el motivo determinante de la condenación, su observancia sería el motivo determinante para la salvación; lo cual es falso, pues está claro en Efesios 2:8-9 que «*somos salvos de pura gracia, mediante la fe..., no por obras*». «Creer o no creer; ésa es la cuestión» (v. Juan 8:24).

¿En qué sentido, pues, subyace el Decálogo al nuevo mandamiento de la Ley de Cristo como «norma» del cristiano? Romanos 2:14 nos da la clave, al referirse a «*los gentiles que no tienen Ley*», pero que «*hacen por naturaleza lo que es*

de la Ley»; es decir, tienen escrito en sus corazones, impreso a fuego por el mismo Dios, algo que *también* está en la Ley. ¿Qué es ese «algo»? Sin duda, todo lo que directamente se refiere a la «glorificación» debida al único Dios verdadero, según Romanos 1:18-23, y a una honesta convivencia con el prójimo, como consecuencia del temor de Dios, según los vv. 28-32 del mismo capítulo.

Ahora bien (y llegamos a la precisión más importante), en el Decálogo hay mandamientos que suponen y explicitan la ley natural, escrita por Dios en el corazón de todo ser humano. Estos mandamientos obligan todavía en conciencia al creyente en el *único sentido* de que su incumplimiento habitual manifiesta la ausencia del fruto del Espíritu, y presupone la inobservancia del único mandamiento de la Nueva Ley: el amor al prójimo con el *ágape* que emana del amor a Dios, lo que induce a observar *cumplidamente* la Ley. En realidad, es el Espíritu Santo el que la cumple en nosotros, llenándola de sentido espiritual y rebasándola en extensión e intensidad. Pero hay en el Decálogo dos mandamientos que han sido totalmente renovados en la Nueva Ley en cuanto al carácter cultural o ceremonial que comportaban, *lo cual no está comprendido en la ley natural*. Estos dos mandamientos son el 2.º, de no hacerse imágenes, ni prosternarse ante ellas, por el peligro de idolatría. Lícitamente tenemos hoy imágenes (estatuas o monumentos), como ilustración o como recuerdo, aunque sigue en pie la prohibición de adorar ídolos en vez de Dios, y de *venerar* imágenes; pero no olvidemos que el Nuevo Testamento tiene por ídolo todo lo que suplanta a Dios en nuestro corazón, y eso puede ser un ídolo de carne, de joyas, de papel-moneda, etc. Y el otro mandamiento cultural es el 4.º, sobre la

observancia del sábado que, como 7.º día, «*es reposo para Jehová, tu Dios*» (Éxodo 20:10), o sea, para el pueblo de Israel, no para los gentiles, a los cuales Dios se presenta como *Elohim*, no como *Jehová*. Con estas precisiones, podremos refutar a los Adventistas, a los Testigos de Jehová y a los judíos, cuando nos acusan de no guardar el verdadero «día de reposo». ¡Que el Señor nos dé con abundancia de su Espíritu, para que vayamos y produzcamos fruto y nuestro fruto permanezca. ¡Sólo así seremos cumplidores de su Santa Ley!

VII. CRECIENDO EN CRISTO

Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en Él.
Colosenses 2:6

La justificación por la fe sola fue, sin duda, el punto doctrinal en torno al cual se centró el principal debate, o la principal confrontación, entre Roma y la Reforma. La brecha ha seguido abierta durante más de cuatro siglos a causa de un colosal malentendido acerca del concepto de justificación, así como de la verdadera naturaleza de la fe salvífica. Gracias a Dios, el estudio directo de las Sagradas Escrituras ha llevado en estos puntos a los teólogos católicos de vanguardia a un acercamiento progresivo hacia la posición reformada. ¡Ojalá este acercamiento no se viera ahora comprometido por otros factores de discordia, como son el concepto bíblico local, el papel del ministerio en la Iglesia, y el creciente del liberalismo o modernismo bíblico entre los exé-

getas de la mayoría de las confesiones que se llaman a sí mismas **cristianas!**

No vamos a desarrollar una lección de Teología Bíblica, sino un mensaje de edificación para los creyentes, y de instrucción para cuantos lean esto atentamente. En otro mensaje hemos explicado lo que es la verdadera fe. También hemos insinuado que la justificación por la fe en la sangre de Jesucristo es una declaración judicial por la que Dios nos constituye justos en su santa presencia, a causa de la sustitución vicaria por la que Jesús llevó sobre sí nuestros pecados en el madero de la Cruz.

Esta fe salvífica ha de ser bien entendida para no generar confusiones, de las que el mismo Lutero no se vio libre. La Biblia, en Efesios 2:8, nos dice claramente que «*somos salvos de gracia, mediante la fe*»; o sea, es la gracia, o favor gratuito, de Dios lo que realmente nos salva, nos perdona, nos justifica, en respuesta al acto de fe. Usando una ilustración clara y expresiva, diremos que la gracia es como el *alimento* que nos nutre, mientras que la fe es como el *tenedor* con que tomamos el alimento. O también que la gracia es como el regalo de una suma de dinero que nos saca de la miseria, mientras que la fe es como la mano desnuda del mendigo, extendida con gesto de pordiosero, para recibir algo que se nos da, no como salario, sino com opura limosna. Ya hemos explicado en otro mensaje que esta fe no es un mero asentimiento mental a un cuerpo de doctrina, sino una entrega total de nuestra persona (mente, sentimiento y voluntad) a Jesucristo, como único Salvador nuestro personal, necesario y suficiente. Implica, por tanto, la esperanza, la contrición y el amor, aunque sea la fe sola la que se apropia la gracia de la salvación, según la clásica formulación de la reforma: «Sólo la fe justifica, pero no justifica la fe que está sola». Una fe que no es activa por el amor, demuestra ser un producto abortivo, una fe que nace muerta en sí misma. Léase detenidamente Sant 2:14-22. Santiago comienza el pasaje de esta manera: «*Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?*». No se refiere Santiago a uno que *tiene* fe genuina, sino a uno que *dice* que tiene fe. Por tanto, lo que viene a decir es que el que profesa tener fe, y no la demuestra mediante buenas obras no es un verdadero creyente y, por tanto, está fuera del camino de la salvación.

Se ha calumniado a la reforma como si Lutero, Calvino, etc. hubiesen negado la necesidad de las buenas obras; lo cual es falso. Lo que sí afirmaron, de acuerdo con todo el Nuevo Testamento, es que las obras no son un *medio* para salvarse, sino un *fruto* de la salvación adquirida. Ningún texto bíblico lo expresa con tanta claridad como Efesios 2:8-10. Después de asegurar que somos salvos de gracia mediante la fe, no *por* obras, el Apóstol recalca que somos «*creados en Cristo Jesús para buenas obras*». Nótese la precisión del texto sagrado en el uso de dos distintas preposiciones: no somos salvos *por* obras, pero sí *para* obras.

Vamos a ilustrarlo con una comparación al alcance de todos: Un árbol frutal vive, por medio de la raíz, de la savia que chupa de un suelo fértil. Todo árbol frutal vivo y sano, da el fruto correspondiente según su especie. El árbol no vive de los frutos, sino de la savia que chupa mediante las raíces; o sea, *los frutos no dan vida al árbol, sino que manifiestan la vida del árbol,* de modo que el viandante que pasa junto a un árbol

frutal, en su propia sazón, y no halla ningún fruto, enseguida saca la lógica consecuencia de que aquel árbol está muerto o, al menos, gravemente enfermo. Apliquemos la comparación a la vida espiritual y veremos que la fe es como la raíz con la que chupamos la savia vivificante de la gracia, extrayéndola del fértil suelo que es Jesucristo, con quien los creyentes estamos *complantados* (Romanos 6). Si el árbol de nuestro espíritu está vivo mediante la raíz de la fe, que chupa la savia de la gracia, entonces da fruto de buenas obras. Por tanto, estas buenas obras *no nos salvan*, no nos dan la vida espiritual, *pero manifiestan nuestra fe.*

Ahora estaremos preparados para entender la importante diferencia entre *justificación* y *santificación*, nociones que la Teología Medieval confundió lamentablemente, con la siguiente repercusión en la inexacta formulación del Concilio de Trento, pese a las advertencias del Superior General de los monjes agustinos, Jerónimo Seripandi. Con la Biblia bien abierta, podemos asegurar que la justificación teológica es una declaración legal (como lo es la condenación forense) por la que Dios, en virtud de la obra de Cristo, en Él y para Él, nos constituye como *justos* en su Santa Presencia. Es un acto instantáneo e irreversible que, de suyo, no cambia la *condición* interior de nuestro corazón, sino nuestra *posición* legal ante Dios. Pero ello no implica que nuestro interior queda sin cambio. El Espíritu Santo, en otro acto, también instantáneo, nos hace «nacer de nuevo», nos *regenera*, nos hace partícipes de la naturaleza divina; mediante una reorientación psíquico-moral de todo nuestro ser interior y, en ese mismo momento, comienza la obra de nuestra *santificación.*

En cuanto a nosotros toca, la obra de la santificación más que en un esfuerzo de la propia virtud, consiste en una total *docilidad* al Espíritu, por lo que necesitamos estar siempre con las antenas alerta para avizorar lo que Dios quiere de nosotros en cada momento y lugar. Esto implica una *consagración* y una *purificación.*

Primeramente, una *consagración* total. Leamos los dos preciosos primeros versículos del capítulo 12 de la Epístola a los romanos: «*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos* (es decir, nuestra persona entera en una conducta cristiana visible, como un continuo gesto corporal en que se expresa nuestro interior) *en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*». En otras palabras, la meta de nuestra santificación sólo puede conseguirse mediante una total consagración a Dios, siguiendo de la manera más perfecta las indicaciones de su santa voluntad. Estas indicaciones de la voluntad de Dios sólo se detectan con claridad cuando nuestra mentalidad ha sido renovada conforme a la mentalidad de Dios; de ahí la necesidad de una perpetua «metánoia», vocablo griego usado en el Nuevo Testamento para indicar un cambio de mentalidad. Ese cambio de mentalidad se produce, según Romanos 12:2, mediante el paso del *molde*, o esquema, del mundo, al molde de Jesucristo, operación que el original griego de dicho versículo describe como «metamorfosis». De la misma manera que una larva de mariposa experimenta un misterioso cambio que lo convierte en crisálida, pasando a ser un her-

moso insecto con alas de varios colores, cuando antes era un asqueroso gusano, así también nuestro espíritu, cuando se deja conducir por el Espíritu de Dios (v. Romanos 8:14), sale del asqueroso molde del pecado para transformarse en un ser glorioso, alado, brillante, «*hijo de la luz*» (1.ª Tesalonicenses 5:5).

Todo creyente que se deja conducir por el Espíritu Santo, experimenta un continuo crecimiento espiritual, que se refleja en una conducta cristiana, cuajada de frutos de virtud. Estos frutos son también efecto de la gracia, mediante una vida de fe. Como dice Pablo en la 1.ª Corintios 15:10: «*Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos* (los demás apóstoles); *pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo*». Pablo no se enorgullece de los frutos de su apostolado porque sabe que sin la gracia de Dios, no sería competente ni siquiera para tener un pensamiento útil en su ministerio (v. 2.ª Corintios 3:5), pero reconoce que la gracia de Dios en él no cayó en terreno baldío, sino en un suelo receptivo del sol y de la lluvia para producir el ciento por uno.

Tanto en nuestra propia vida espiritual, como en la obra de Dios, caemos muchas veces en la tentación de impaciencia; nos gustaría ver crecer ostensiblemente la cosecha, el éxito de nuestras labores. Recordamos bien aquella parábola del Señor, que nos habla del sembrador que salió a sembrar, y la semilla cayó en cuatro clases de terreno muy diferents. Es una preciosa parábola que nos resume todo un tratado de psicología y espiritualidad (v. Mateo 13; Marcos 4; Lucas 8). Pero olvidamos a veces aquella otra parábola que encontramos en Marcos 4:26-29, sobre el sembrador que «*echa semilla en la tierra; y duerme y se*

levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo». No nos percatamos de que «*el crecimiento lo da Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el incremento*» (1.ª Corintios 3:6-7). ¡Cuántas veces nos impacientamos pensando que nuestras palabras, nuestros mensajes, nuestro testimonio, nuestro trabajo por la obra del Señor, no surten efecto, y llegamos a pensar que el Espíritu Santo dormita, como Jesús en la barca, mientras somos zarandeados por las olas! Pero Dios nunca duerme, siempre está en vela y trabajando ¡no guarda fiesta ni tiene vacación! (v. Juan 5:17); y nunca llega ni un segundo antes de tiempo, ni un segundo fuera de tiempo, sino que siempre llega a tiempo, porque trabaja desde la eternidad, que trasciende el tiempo de nuestros relojes. Lo que ocurre es que trabaja *desde dentro*, desde lo más profundo del ser humano, «*porque en él vivimos, y nos movemos, y somos*» (Hechos 17:28). Él mueve invisiblemente, suavemente, sin ser notado, los íntimos resortes de la «psique» humana, pues Él es el único Ser que puede actuar sobre nuestra mente, sobre nuestro corazón y sobre nuestra voluntad sin coaccionar nuestro albedrío; más aún, la acción de su Palabra y de su Espíritu en nosotros es una acción *liberadora* de la ignorancia, del error, del pecado; de todo lo que esclaviza. La acción de Dios puede parecer lenta, pero es segura y eficaz, porque no actúa meramente desde el exterior de la persona, sino desde dentro, de una manera *vital*, como el principio interior de vida que hace crecer un organismo. Y lo que es vital, orgánico, no crece por coacción, sino por pura espontaneidad. ¿Qué diríamos de un labrador que, impaciente por el lento crecer de la cosecha, saliese al campo a tirar de las hojas o de

las ramas, para que el plantío creciese más deprisa? ¿No es verdad que lo tendríamos por loco? Pues eso es lo que nosotros pretendemos hacer a veces con la cosecha espiritual, y la parábola de Marcos 4:26-29 nos advierte de nuestra insensatez.

¿Cuál era el secreto del apóstol Pablo para crecer espiritualmente hasta una talla de gigante y producir tan ubérrima cosecha en su ministerio apostólico? La clave está en lo que él mismo nos dice en Gálatas 2:20: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». Jesucristo había tomado, mediante su Espíritu, una posesión tan efectiva y total de la mente, del corazón y de la voluntad de Pablo, que quizás ninguna otra persona humana se haya aproximado tanto al tipo ideal de «hombre de Dios», al paradigma inimitable que fue Jesús, el único Hombre (con mayúscula), al Hombre-Dios, a quien se dio el Espíritu sin medida y, por eso, sólo hablaba «*palabras de Dios*» (Juan 3:34) y que pudo decir: «*mi alimento es hacer la voluntad del que me envió*» (Juan 4:34).

Por tanto, asir a Cristo, arraigarse en Cristo, dejarse invadir totalmente por el Espíritu de Cristo, es el único método para crecer espiritualmente, para progresar en la santificación. El Apóstol habla de la *firmeza* (es decir, de la solidez) de nuestra fe en Cristo, y continúa: «*Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo* (es decir, por *fe), andad en él; ARRAIGADOS y SOBREEDIFICADOS y CONFIRMADOS en la fe*» (Col. 2:5-7). «Arraigados», como pámpanos en la cepa (Juan 15:1 ss.); «sobreedificados», como piedras vivas sobre «*la principal piedra del ángulo*» (Efesios 2:20; 1.ª Pedro 2:4-8, comp. con 1.ª Corintios 3:11); «confirmados», es decir, bien asegurados y colocados como «*cuerpo, bien concertado y*

unido entre sí» (Efesios 4:16). Así tenemos insinuadas, en una sola frase, las tres principales metáforas que el Nuevo Testamento usa para describir a la Iglesia de Cristo, congregación de verdaderos creyentes.

«*Andad en él*», o sea, en Jesucristo, dice el Apóstol. Nuestra vida espiritual es una andadura, un perpetuo «éxito» del Egipto de nuestra pecaminosa vida anterior, tras sumergirnos en el Mar Rojo de la sangre de Cristo (V. Apocalipsis 7:14) para blanquear nuestras ropas, y emprender nuestro gran peregrinaje por la vida hacia la celestial Tierra de Promisión. El Libro de Hechos llega a definir la Iglesia como el «Camino». En realidad, caminamos enraizados en Aquél que dijo: «*Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida*» (Juan 14:6). En lo natural, somos nosotros los que andamos por los caminos, pero los caminos, como las piedras miliarias, aunque sirven de paso o de indicador, ellos mismos no andan. Sin embargo, en lo espiritual, andamos sobre *un camino que anda*, porque el mismo que dice en el versículo 6: «*Yo soy el Camino*», dice en el versículo 2: «*Me VOY a preparar lugar para vosotros*». Aquí pasa algo semejante a lo que ocurre con las escaleras automáticas del Metro en las grandes ciudades: no es menester caminar por ellas, sino estar a pie firme sobre sus peldaños, porque ellas se encargan de subirnos y bajarnos.

Pero la santificación, o crecimiento en Cristo, no es sólo una *consagración*, sino también una *purificación*, porque implica una participación en la muerte, lo mismo que en la resurrección, de Cristo. Por eso, el Apóstol Pablo, en el referido lugar de Gálatas 2:20, dice: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado*». La santificación com-

porta una crucifixión con Cristo al propio «yo» (Gálatas 2:20), a *«la carne con sus pasiones y deseos»* (Gálatas 5:24), y al mundo (Gálatas 6:14). Toda cruz es una *contradicción,* porque consta de dos palos cruzados: el palo vertical, que es la voluntad de Dios, y el palo horizontal, que es nuestra propia voluntad. De ahí que toda «cruz» manifiesta un conflicto con el pecado. Por eso, Jesucristo llevó nuestros pecados en la Cruz y, clavado en ella, suprimió el principio de contradicción contra Dios, al extraer el aguijón del pecado inundando en su sangre *«el pecado del mundo»* (Juan 1:29), y al matar a la muerte muriendo (V. 1.ª Corintios 15:55-57). Un «morir cada día» con Cristo, una continua *mortificación* (Romanos 8:13) es el secreto de nuestra vitalidad espiritual.

A este proceso solemos llamarlo *«purificación»*. Dice el Apóstol Juan: *«Y todo aquel que tiene esta esperanza en él* (Jesucristo en su 2.ª Venida), *se PURIFICA a sí mismo, así como él es puro»* (1.ª Juan 3:3:).

La palabra «puro» viene del griego «pyr», que significa «fuego», porque, así como el agua limpia por fuera, el fuego purifica por dentro, consumiendo la escoria adherida a los metales preciosos, para que conserven su brillo, su valor y su identidad. Así, cuando decimos de un objeto metálico que es «de oro *puro*», queremos expresar que es oro auténtico y que no contiene más que oro.

De ahí que la purificación espiritual consiste en despojarnos de toda añadidura espúria, de toda contaminación mundana y de todo follaje inútil, mediante una disciplina continua y un perfecto auto-control o *«dominio propio»*, como lo llama el Nuevo Testamento («enkráteia», Gálatas 5:23; 2.ª Pedro 1:6). El Apóstol Pablo lo compara al

duro entrenamiento de los atletas en 1.ª Corintios 9:25-26, y continúa: *«trato con severidad mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser descalificado»*.

Cuando el creyente descuida esta labor de purificación, de dominio propio, de auto-disciplina, habrá de soportar la disciplina del Señor, quien, como buen padre, reprende y castiga a quienes ama (Apocalipsis 3:19). En Hebreos 12:7-8, leemos: *«Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquél a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardo, y no hijos»*. Por falta de este «probarse a sí mismo» y disciplinarse a sí mismos, el Señor envía problemas, enfermedades, tribulaciones, y aun muertes prematuras. Por no «discernir el Cuerpo de Cristo», al fomentar divisiones, rencillas y egoísmos entre hermanos en la fe, deshonrando así la Mesa del Señor, Pablo dice a los fieles de Corinto: *«Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen* (es decir, han muerto). *Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor* («educados», dice el original), *para que no seamos condenados con el mundo»* (1.ª Corintios 11:30-32).[1]

¡No olvidemos que *«nuestro Dios es fuego consumidor»* (Hebreos 12:29)! El bisturí del cirujano hiere al penetrar y seccionar, produciendo intenso dolor en carne viva, en una operación sin

1. La versión de la Biblia de Valera revisada en 1977 da este sentido al traducir la palabra castigados, de la antigua versión, por corregidos.

anestesia, pero su intervención es necesaria para extirpar tumores y excrecencias. ¡Procuremos, pues, purificarnos a nosotros mismos *«como él es puro»*, para no necesitar una dura disciplina de parte de Dios!

VIII. EL SECRETO DE UNA VIDA SANTA

No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.

(Filipenses 3:12)

¿Cuál es el secreto de una vida santa, de una verdadera y total consagración a Dios? Ya hemos explicado lo que comporta la santidad moral del cristiano como *consagración*, pero ahora vamos a examinar más de cerca el concepto de *santidad* para aplicarlo después a la piedad, o sea, a la dedicación de una vida cristiana en un terreno de victoria cotidiana.

«Sed santos como Yo soy santo», repetía Dios al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento (V. Levítico 11:44; 19:2). Y el Apóstol Juan, como hemos visto (1.ª Juan 3:3), nos exhorta a purificarnos, como Jesús es puro. Por tanto, es preciso conocer lo que significa la «santidad» de Dios.

Podríamos definir la santidad de Dios como «una infinita bondad mayestática». Esta definición implica dos conceptos: 1.º, una infinita *separación* moral de todo mal y de toda limitación (V. Hebreos 7:26, aplicado a Jesús como Sumo Sacerdote), por la que Dios es completamente diferente de nosotros (trascendencia de Dios); 2.º, una íntima *cercanía* misericordiosa, por la que Dios es el Salvador necesario y suficiente de su Pueblo (V. Hebreos 7:25, aplicado también a Jesús), y el que nos suministra cuanto somos, tenemos y valemos (Hechos 17:25 — inmanencia de Dios).

Por tanto, una persona es tanto más *santa*, cuanto más *apartada* está del pecado y de todo cuanto limita la expansión de su personalidad espiritual, y cuanto más *cercana* está a las miserias ajenas, para remediarlas con el poder de Dios. Ambos conceptos están concisamente expresados, en orden inverso, en Santiago 1:27: «*La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones* (cercanía), *y guardarse sin mancha del mundo*» (apartamiento).

Puesto que Jesucristo, como dice Pablo en 1.ª Corintios 1:30, «*nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*», el secreto de nuestra santidad radica en la intimidad de la comunión con Cristo (Juan 15:1 ss.; Romanos 6:1 ss.) y en la docilidad a la conducción de su Espíritu (Romanos 8:14). Esto es lo que hace que una persona sea «*hombre de Dios*» (2.ª Timoteo 3:17), «*siervo del Señor*» (2.ª Timoteo 2:24); «poseído por Cristo» (V. Gálatas 2:20), «*lleno del Espíritu*» (Efesios 5:18).

«*Llenos del Espíritu*» equivale a que el Espíritu Santo tome totalmente el control de nuestro ser. Examinemos de cerca esta frase, para comprender el secreto de una vida santa, y para evitar dos conceptos equivocados de santidad,

El primer equívoco es la idea de que la cima de la santidad, o sea, la total consagración a Dios, exige huir del mundo, refugiándose en el desierto o recluyéndose en un monasterio. Pero el *mundo*, en el sentido peyorativo que se le da en el Nuevo Testamento, no es un lugar, sino una atmósfera contagiosa que todos respiramos, en la que el demonio difunde sus criterios antidivinos; es la mentalidad anticristiana, afincada en nuestro propio yo, o sea, en nuestra personalidad descentrada por el pecado. De ahí la equivocación de muchos que se retiran al desierto o al claustro, con la mira puesta en encontrar allí un clima más apto para la santidad, sin percatarse de que acarrean siempre consigo la 5.ª columna del enemigo: la concupiscencia, que consiste en «*los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida*» (1.ª Juan 2:16). En su solemne oración sacerdotal (Juan 17), Jesús oró al Padre por los suyos, diciendo: «*No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal*» (versículo 15). Y cuando estaba para ascender a los cielos, no comisionó a los suyos para fundar monasterios, sino para proclamar el Evangelio a *todo* el mundo y hasta el final de los tiempos, como testigos suyos, luz del mundo en lo alto del candelero, y sal de la tierra en medio de la carne corrompida. Oponer la contemplación a la acción es como separar la llave de la cerradura, o el fermento de la masa. Todo creyente necesita «*apartarse un poquito*» a descansar con el Señor ,Marcos 6:31). Sin una vida de oración, no es posible una conducta cristiana; pero esta vida de oración, que a veces exige un

retiro espiritual, como un engrase que lubrifique la máquina oxidada por la continua acción, es tanto más perfecta cuanto más constante es nuestro sentimiento de dependencia y nuestra consciencia de ser conducidos en todo por el Espíritu Santo, y no por nuestro propio «yo».

El segundo equívoco, cada día más frecuente en nuestro tiempo, es pensar que «ser llenados del Espíritu» significa la necesidad de un *algo extra* (un rito especial o una determinada manifestación de un peculiar don del Espíritu); que debe ser añadido al nuevo nacimiento espiritual y a una vida de fe. Es preciso tener en cuenta que el Nuevo Testamento no conoce más que una manera de recibir el Espíritu Santo. En Mateo 3:11 y paralelos, encontramos la distinción entre el bautismo de Juan, «*bautismo con agua*», que incita al arrepentimiento, y el bautismo de Cristo, «*con fuego y con el Espíritu*», que consiste en sepultarse y resucitar con Cristo por medio de la fe y de la regeneración espiritual. Nuestro bautismo de agua, o *ritual,* es un mero símbolo de esa inmersión *real,* espiritual, de nuestras personas en Cristo por medio de su Espíritu, según dice Pablo en 1.ª Corintios 12:13: «*Porque por un solo Espíritu fuimos TODOS bautizados en un cuerpo...; y a TODOS se nos dio a beber de un mismo Espíritu*». Las frases son universales y están en tiempo pasado. Por tanto, lo que necesita un creyente para dejarse llenar por el Espíritu, no es un nuevo rito ni un don particular como el don de lenguas, que *no se da a todos* (V. 1.ª Corintios 12:30), sino entregar *totalmente* al Espíritu Santo el control de su vida, para que sean los criterios y los móviles del Espíritu Santo los que nos guíen e impulsen a obrar, y no nuestro «yo», con nuestros

errores, nuestros prejuicios y nuestras pasiones (Comp. Romanos 8:14 con Efesios 5:18).

En efecto, el Espíritu Santo no es una masa ni una fuerza que pueda partirse o absorverse; no puede tomarse a sorbos, porque es una *persona* y, por tanto, cuando viene a morar en un creyente, viene entero. *Llenarse del Espíritu* no significa, pues, que hayamos de tomar *más del Espíritu,* sino que hemos de permitir al Espíritu Santo que tome *más de nosotros.* Pero el Espíritu sólo toma lo que se le consagra, sólo entra en las habitaciones cuya llave se le entrega. Y todos nosotros tenemos en nuestro corazón muchos aposentos. No es suficiente con dar al Espíritu el aposento de «huésped», aunque se le tenga como «huésped de honor». Es preciso entregarle *toda* la casa, porque lo que no le entregamos permanece sin consagrar es aún profano, y allí queda, sin duda, algún ídolo al que seguimos ofreciendo incienso y adoración.

Así, pues, el secreto de una vida santa consiste en ser *totales.* Consagrarse *totalmente* al Señor equivale a dejar en manos de su Espíritu las riendas de nuestra vida, de modo que no seamos nosotros los que nos movamos para vivir, sino que sea Cristo el que viva en nosotros, moviéndonos a obrar *en todo y siempre,* conducidos por su Espíritu. En esto consiste la *negación* del propio «yo», crucificando nuestro egocentrismo «*día por día*» («kath' emeran» — dice el original), para seguir al Maestro (V. Lucas 9:23-24; 1.ª Pedro 2:21). «*Día por día*» implica también que no debemos mirar hacia el futuro, alargando con la imaginación nuestra cruz, hasta figurárnosla grande, insoportable. Así como hemos de pedir al Padre «*nuestro pan de cada día*» (Lucas 11:3), así también hemos de llevar *nuestra cruz de cada día,*

en dependencia constante del auxilio divino (V. Isaías 40:31).

En efecto, la vida cristiana es una cosa muy sencilla, pero muy *total*, como el amor, porque exige la entrega total de la persona a un Dios celoso de su gloria, que no admite la competencia de dioses ajenos. Sí, nuestro Dios es muy exigente, porque quiere salvar y consagrar todo lo que el hombre ha perdido y profanado por el pecado. Sólo lo que se ofrece a Dios en el altar del sacrificio, es un culto grato a Dios y un bien rescatado para nuestro provecho. No se puede regatear con Dios... El único modo de llegar a la cima de la santidad y obtener la paz interior, es entregar a Cristo los dos hombros para que sobre ellos ponga su yugo suave, y extenderle la página entera de nuestra vida futura, como un cheque en blanco, firmado con un «*amén*» y rubricado de antemano con nuestra propia sangre, para que él sea el dueño absoluto de nuestro porvenir. Esta es la fe *eficaz* (V. Santiago 1:5-6; 5:15-16), que alcanza sabiduría, cura enfermedades y traslada montañas. Por eso, el Apóstol Pablo se expresa así, en medio de sus tribulaciones: «*Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día*» (2.ª Timoteo 1:12). La palabra griega para «depósito» es *paratheke* = el cofre de joyas que una matrona griega o romana tenía siempre a su lado, bajo llave, para que nadie se lo robase.

Son muchas las personas devotas que emprenden una vida de consagración, pero luego se desaniman ante el fracaso de sus propios esfuerzos, y tras la constatación de sus debilidades. ¿Por qué ha de ser así? ¿Por que ha de haber tantos creyentes que arrastran una vida espiritual lánguida con complejo de derrota, en vez de salir siempre «*más que vencedores*» (Romanos 8:27), como espera de nosotros el Señor? Vamos a tratar de dar una respuesta que muestre a la vez la diagnosis y el remedio de esta enfermedad, con la que el demonio consigue sembrar la duda, la inoperancia, el fracaso y la desdicha en muchos cristianos, a quienes no puede arrastrar a la condenación eterna.

Muchos creyentes, mal informados, no se percatan de que la santificación, lo mismo que la justificación, se alcanza *por fe, no por obras* (¡Colosenses 2:5-7!). Saben que hemos sido justificados por pura gracia *mediante la fe*, pero se comportan como si hubiésemos de santificarnos *por obras*, o sea, por nuestra sabiduría, por nuestro esfuerzo, por nuestra propia justicia. Esta enfermedad reviste tres síntomas diferentes que proceden, sin embargo, de la misma raíz:

1.º, el *complejo de culpa*. Mientras peregrinamos por este mundo, estamos expuestos a caer, y caemos muchas veces, en pecado. El Apóstol Juan escribe: «*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros*» (1.ª Juan 1:8). Y Santiago asegura: «*Todos ofendemos muchas veces*» (Santiago 3:2). Estas caídas debilitan la comunión con Dios y debemos reconocerlas ante el Señor con arrepentimiento que surge del amor. Pero cuando una persona concentra la atención en sus fallos y piensa que Dios la está mirando cada vez con peor cara, puede sufrir la equivocación que sufrió Adán después de su pecado, pretendiendo esconderse de Dios y cubrir su desnudez con hojas de higuera. ¡No, Dios no nos vuelve la cara al otro lado, cuando caemos en alguna falta! ¡Se la vol-

vió a su Hijo en el Calvario por nosotros! Dios nos sigue amando, y sólo espera que nos arrojemos en sus brazos, aprendiendo la lección de dejarnos guiar por su Espíritu. Dice el Apóstol Juan: «*Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo*» (1.ª Juan 2:1) ¡No pensemos que el Padre nos está acusando como un fiscal, y que Jesús nos defiende de él! ¡No, nuestro acusador no es Dios, sino el diablo! La palabra griega *diábolos* significa «acusador», así como la palabra hebrea *Satán* significa «adversario» (Zacarías 3; Apocalipsis 12:10). Jesús, nuestro *propiciador* nos defiende de las acusaciones del diablo, cubriendo con su *justicia* las manchas de nuestros pecados cotidianos. De él se nos dice en Hebreos 9:12, que «*entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo* (es decir, en los Cielos), *habiendo obtenido ETERNA redención*». Y, en 10:14, tras una afirmación similar, se nos da la razón de ello: «*porque con una sola ofrenda hizo PERFECTOS PARA SIEMPRE a los santificados*». «Perfectos» quiere decir que no es posible añadir nada.

2.º síntoma: el *complejo de miedo.* La Psicología más elemental nos enseña que, cuanto más nos fijamos en algo que nos amenaza, tanto mayor es el peligro de sucumbir ante su peso. Mientras Pedro miraba al Señor, andaba a salvo sobre las aguas del mar de Tiberíades, pero «*al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzó a hundirse*» (Mateo 14:29-30). No es a la tentación a donde debemos volver la vista, sino al Salvador. Cuando un ratón se ve perseguido por el ama de casa, nunca se vuelve a mirar a la escoba, sino que sólo busca el agujero por donde escapar. Es cierto que el creyente es un soldado siempre en servicio, enrolado en una milicia de por vida, para batallar contra seres espirituales poderosos y sumamente inteligentes, «*contra huestes espirituales de maldad*» (Efesios 6:12), como califica Pablo a los demonios. Por eso, exhorta el Apóstol a estar siempre revestidos de toda la armadura de Dios. Pero no se nos manda avanzar, sino «resistir» y «estar firmes». ¿Por qué? Porque el verdadero creyente pisa ya terreno de victoria y, por eso, toda la panoplia de Dios consta de armas defensivas, incluida la «*espada del Espíritu*» (Efesios 6:17), que no es la «romphaia», o espada larga de dos filos, para atacar, como la que nos presenta Apocalipsis 1:16, saliendo de la boca del Señor, sino la «máchaira», o machete corto, que los soldados usaban para la defensa cuerpo a cuerpo.

3.º, el *complejo de fatiga.* Muchas veces, al volver la vista a un fallo reciente, a una caída lamentable, pensamos que no hemos puesto de nuestra parte todo lo que podíamos hacer, y nos desanimamos. Nos sentimos como Sísifo, en su tormento eterno de tener que subir una y otra vez, empujando una gran piedra, sin alcanzar nunca la cima de la montaña. Olvidamos que los santos «no son los que nunca han caído, sino los que siempre se han levantado». Dicho de una manera más bíblica: el único método para una vida cristiana victoriosa, es mirar siempre con ánimo gozoso al «*autor y consumador de nuestra fe*» (Hebreos 12:2); «*persuadidos de esto, que el que comenzó en nosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*» (Filipenses 1:6).

En fin, el secreto de una vida santa depende, por nuestra parte, de un constante sentimiento de *invalidez*, de tener siempre la suficiente humildad para sentirnos como *desvalidos* en cuanto a nues-

tras propias fuerzas, porque Dios sólo ayuda a los que se sienten incapaces de ayudarse a sí mismos. Sólo entonces, cuando ponemos toda, y sola, nuestra confianza en el amor de Dios Padre, en la justicia de Jesucristo, el Dios-Hijo, y en el poder del Espíritu Santo, sin apoyarnos en nuestra capacidad ni en nuestra fuerza, es cuando podemos decir con el Apóstol: «*Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque CUANDO SOY DÉBIL, ENTONCES SOY FUERTE*» (2.ª Corintios 12:10).

Para alcanzar la cima de una vida de consagración, con la perfección siempre relativa que nos es dado obtener en este mundo, Jesucristo sólo nos pide que pongamos en sus manos la solución de nuestros problemas, la satisfacción de nuestras necesidades y la victoria sobre nuestras tentaciones; o sea, que estemos siempre con las antenas del espíritu alerta para discernir el soplo del Espíritu Santo y dejarnos conducir por Él como verdaderos hijos de Dios. Así podremos repetir lo del Apóstol: «*Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*» (Gálatas 2:20).

Lo que ocurre con frecuencia es que, después de haber depositado en las manos de Jesús un problema o una necesidad, se lo volvemos a quitar de las manos, por desconfianza o por impaciencia, para encargarnos nosotros mismos de resolverlo ¿Qué podemos esperar entonces, sino el fracaso? ¡Ah, si meditásemos más el Salmo 37! «*Confía en Yahveh, y haz el bien; Y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deléitate asimismo en Yahveh, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Yahveh tu camino, y confía en él; y él actuará... Guarda silencio ante Yahveh, y espera en él... Los que esperan en Yahveh, ellos heredarán la tierra...*».

Un cristiano es necesariamente alguien que ha recibido a Jesucristo en su vida y le ha entregado toda su persona. Mientras esta consagración no sea *efectiva,* mientras no sea el Espíritu Santo el que gobierne nuestra conducta, sin restricciones, sin evasivas, sin regateos, iremos de derrota en derrota, de fracaso en fracaso. Si quieres salir victorioso en todo y disfrutar de gozo y paz, del gozo pleno y de la paz imperturbable que, con el amor en primer lugar, forman la primera tríada en el fruto del Espíritu (V. Gálatas 5:22), es menester que de veras, no de palabra, entregues toda tu vida, con tus miserias, tus fallos y tus problemas, a Jesucristo, para que él te use (use todo cuanto eres y tienes) del modo que le plazca, que será el mejor modo posible para la gloria de Dios y para tu propia felicidad. Y entonces... no te extrañe que Jesús tome en serio tu oferta y comience a disponer de tu vida de una manera inesperada para ti. ¡No te desanimes, sin embargo, si algunas cosas salen como tú no esperabas! Jesús conoce tu porvenir desde el principio, y te conducirá por el camino más conveniente. A todos nos dirige el Señor las palabras que dirigió a sus Apóstoles en la víspera de su muerte: «*No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé*». Fruto permanente y oración omnipotente son pura consecuencia lógica de una ininterrumpida comunión con el Señor y de una total docilidad al Espíritu Santo (Juan 15).

IX. INSATISFACCION

Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón; porque tus obras ya son agradables a Dios.

(Ecclesiastés 9:7)

Cuando Pirro, rey del Epiro, iba a emprender su desastrosa campaña en Italia, el año 281 antes de Jesucristo, su consejero Cineas le quiso disuadir de su ambiciosa empresa, diciéndole: —Señor, ¿qué haréis cuando hayáis vencido a los romanos? —Ah, Sicilia estará en mis manos y es fácil de dominar. —Y ¿qué haréis cuando hayáis conquistado Sicilia? —Entonces pasaré al África y tomaré Cartago. —Y entonces, ¿cuál será vuestro ulterior intento? —Entonces caeré sobre Grecia y Macedonia y recobraré lo que anteriormente perdimos allí. —Y ¿qué haréis cuando hayáis colmado esta ilusión? —Bueno, cuando esto se haya conseguido, nos sentaremos tranquilos a gozar de nuestros triunfos. —Señor —le reconvino

Cineas— ¿por qué no hacer eso mismo ahora? ¿No tenéis ya un reino que os pertenece? El que no puede gozar de un reino, tampoco podrá gozar del mundo entero.

Esta historia no es más que una confirmación del hecho general: la ambición del corazón humano no conoce límites; cuanto más posee, menos satisfecho está. Nuestra sociedad de consumo se ha rodeado de todas las comodidades que la técnica moderna le ha deparado. Sin embargo, ¿qué le pasa al hombre de hoy? Basta con salir a la calle y fijarse en el rostro de los transeúntes o de los que, al volante de su coche, se dirigen a los lugares de trabajo. Sus miradas reflejan tensión, amargura, insatisfacción. Diríase que aun aquellos que no habrían de tener ningún motivo para sentirse insatisfechos, temen parecer contentos con su suerte, como si presintieran que su sonrisa podría resultar un insulto a los que arrastran por la vida su ambición insatisfecha.

Pero esta actitud no es compatible con la fe cristiana. El Apóstol Pablo nos dice que la avaricia es idolatría (V. Efesios 5:5), mientras que el contentarse con lo necesario para la vida es el secreto de la verdadera felicidad. Sus palabras a Timoteo son dignas de meditación: «*Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así, que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y engañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores*». (1.ª Timoteo 6:6-10).

Y no pensemos que se trata de una solución simplista, sino de una actitud de fe, que no excluye el esfuerzo del trabajo diario, hecho con honradez y responsabilidad. Quien tiene fe en Dios, no se angustia por la inseguridad. Como se nos dice en Hebreos 13:5-6: «*Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre*».

Hay un proverbio castellano que dice: «Poderoso caballero es don dinero». No negamos que el dinero sirva a los mundanos para abrir muchas puertas y quebrantar ciertas resistencias, pero, por ser un elemento exterior a la personalidad humana, el dinero no constituye nuestra verdadera riqueza. El hombre no es realmente rico por lo que *tiene*, sino por lo que *es*. Como alguien ha dicho muy bien: «Con el dinero se puede comprar un cómodo lecho, pero no se puede comprar un sueño restaurador; se pueden comprar libros, pero no cerebros; alimento, pero no apetito; cosméticos, pero no belleza; medicina, pero no salud; refinamiento, pero no cultura; diversión, pero no felicidad; un artístico crucifijo, pero no un Salvador; un suntuoso templo, pero no la mansión de los Cielos».

Por el contrario, lo más valioso para el hombre: el perdón de sus pecados, la promesa de una vida plena, la salvación eterna con la herencia de la gloria celestial, no se compran; son un puro regalo de la misericordia de Dios para nosotros, al coste de la sangre preciosa de su Hijo.

Otra clase de insatisfacción es una especie de decepción por el pasado. A veces se oye decir

a ciertas personas: «si yo pudiese nacer otra vez, haría esto o lo otro». Y, ¿quién no ha pensado lo mismo en más de una ocasión? Todos creen que, con la experiencia amargamente adquirida en esta vida, si volviesen a nacer, no cometerían los errores que han cometido. Sea lo que sea acerca de las ventajas de esta posibilidad, en caso de que nos fuera concedida, lo cierto es que todos podemos y debemos «nacer de nuevo», como hemos visto en otro mensaje.

Pero alguien podrá pensar que este «nuevo nacimiento» no borra las equivocaciones de nuestro pasado. Sin embargo, sí que las borra, y de dos maneras: no solamente borra los grandes errores del pasado, sino que nos devuelve enriquecido todo el tiempo perdido.

En efecto, los únicos errores verdaderamente lamentables de nuestro pasado son los pecados con que hemos ofendido a nuestro Dios, hemos hecho daño a nuestro prójimo y hemos ensuciado nuestra alma. Pues bien, estos errores quedan enmendados por el perdón absoluto de Dios al creyente arrepentido.

Se cuenta que nuestro emperador Carlos V estaba endeudado en muchos millones de ducados, durante la guerra de Flandes, con un magnate holandés que le había prestado el dinero necesario para proseguir su campaña. Un día, el magnate invitó a comer al emperador y a los nobles de su séquito; y a los postres, se llegó al rey para ofrecerle su mejor presente en una bandeja de oro; en ella llevaba el pagaré de Carlos V y, tomándolo en sus manos, le prendió fuego ante los ojos atónitos del emperador. Éste, con lágrimas que surcaban sus mejillas, no encontraba palabras para agradecerle tan señalado favor. Así ha hecho Dios con nosotros: Tomando en sus

manos el pagaré de nuestros pecados, lo ha clavado en la Cruz de nuestro Redentor. A quien ha recibido a Jesucristo con fe viva, nada le queda por pagar. Con el perdón de Dios, la página negra de nuestra vida pasada ha quedado enmendada, blanqueada por la sangre de Cristo.

El tiempo perdido no sólo se puede recuperar, sino que se puede incluso enriquecer. En otro lugar hemos aludido a la frase de Pablo en Colosenses 4:5, donde se nos exhorta a *«redimir el tiempo»*. El verbo griego que allí emplea es el mismo que usa para designar el rescate que Jesús pagó por nosotros para sacarnos de la esclavitud del demonio a la libertad de los hijos de Dios, y, en su etimología, significa el precio que se pagaba para comprar un siervo en el mercado de esclavos. Así, el tiempo perdido en la esclavitud del pecado y del demonio, es rescatado en el mercado del mundo para hacerle servir a Dios en la nobleza principesca de una conducta cristiana, ya que, como leemos en Apocalipsis 22:3, 5, servir a Dios equivale a reinar.

¿Cómo dar alcance, para ennoblecerlo, a un tiempo que fluye sin detenerse y que ya pasó? Convirtiéndolo en eternidad, que es riqueza perdurable en el Cielo, donde todo adquiere consistencia. Con fe, esperanza y amor, todo lo bueno que pueda hallarse en este mundo se rescata, se ennoblece y se asegura para siempre; y todo lo malo que se haya sufrido, con todo lo injusto que se haya cometido, queda sumergido en el bien por obra del amor y de la misericordia del Señor. Es cierto que el agente transformador de todo ello es el Espíritu de Cristo, en virtud de la obra realizada en el Calvario, pero nosotros hemos de hacernos receptivos a este divino poder.

Una frecuente causa de insatisfacción es la depresión por las adversidades presentes en la vida de una persona. La naturaleza humana, como todo ser vivo, rehuye el dolor y las penas, y se resiste a la adversidad. Sin embargo, la adversidad es para el creyente como un ángel benéfico y como un clarinazo que le hace levantar los ojos a Dios.

¿Por qué son ordinariamente los males, y no los bienes, los que nos hacen levantar la vista a Dios? Por la sencilla razón de que las bendiciones las damos por descontadas y normales; de ahí que no las agradezcamos como se merecen. En cambio, la adversidad nos hace mirar al Cielo e interrogar a Dios, de quien puede venir la ayuda. Eliú habla así a Job, en medio de la adversidad de éste, señalando el camino que ha de buscar todo el que esté atribulado: «*Su carne desfallece, de manera que no se ve. Y sus huesos, que antes no se veían, aparecen. Su alma se acerca al sepulcro, y su vida a los que causan la muerte. Si tuviese cerca de él algún elocuente mediador muy escogido, que anuncie al hombre su deber; que le diga que Dios tuvo de él misericordia, que lo libró de descender al sepulcro, que halló redención; su carne será más tierna que la del niño, volverá a los días de su juventud*». (Job 33:21-25). La adversidad da vigor y urgencia a nuestra oración.

Quizá pueda parecer a quienes no tengan la suficiente fe en Dios, que el permitir los males y los sufrimientos de la humanidad tiene cierto tinte de sadismo. Pero no es sadismo, sino misericordia, lo que mueve a Dios a permitir penas y dolores amargos. Como decía el gran Spurgeon: «A veces Dios envía sus cartas de amor en sobres de luto». Sí, sólo cuando nuestro corazón comienza a sentir un gran vacío, podemos estar seguros de que Dios se ha propuesto fabricarse en él un nido.

Es mucho y valioso el bien que Dios puede sacar de nuestras penas, de nuestros dolores y sufrimientos. Sólo cuando la tierra es roturada, se esponja para coger la semilla. Sólo cuando el árbol se poda, se economiza y canaliza la savia que ha de revitalizarlo. Sólo cuando se abate a golpes el fruto del olivo y se prensa en la almazara, se obtiene el untuoso aceite que sirve de pábulo, de alimento y medicina. El viento norte de la adversidad, al sacudir violentamente las flores del corazón, les ayuda a difundir la fragancia de su aroma. Por eso, canta la Esposa en el Cantar de los Cantares: «*Levántate, Aquilón, y ven, Austro; soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas. Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta*» (Cantares 4:16). Como decía Samuel Rutherford: «Siempre que me encuentro en el lagar de la aflicción, miro en derredor buscando el vino que agrade a mi Señor».

No, no se trata de lirismos ajenos a la cruel realidad. El color de lo que nos rodea o nos envuelve, depende de nuestra actitud personal. Para una persona que esté acostumbrada a verlo todo con los ojos de la fé, la tribulación es una fuente de bendición, porque es un elemento de divina pedagogía en nuestras vidas. Como se nos dice en Hebreos 12:11: «*Es verdad que ninguna disciplina parece al presente ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados*». Además, el dolor es un poderoso ingrediente en la tarea de testimonio y evangelización, ya que comporta el imitar a Jesucristo y colaborar en la salvación de las almas. Por eso, dice Pablo en Colosenses 1:24 «*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es*

la Iglesia». Y en 2.ª Corintios 4:8-10, dice también: «*Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos*».

Finalmente, otra de las frecuentes causas de insatisfacción para el ser humano de todos los tiempos, es la preocupación por el porvenir. Nos angustiamos en demasía por el día de mañana, sin percatarnos de dos realidades indiscutibles: 1.ª, que nadie sabe si el día de mañana amanecerá para él; nuestra vida pende constantemente de un hilo muy fino, que el accidente menos pensado puede fácilmente cortar; 2.ª, que el día de mañana, si nos llega, traerá su propio afán. El Señor dijo que no nos preocupásemos por el día de mañana. Fijémonos bien en este verbo «pre-ocuparse»; la partícula «pre» significa «de antemano»; o sea, el Señor no nos prohíbe que nos *ocupemos para* el mañana, sino que nos exhorta a que no nos *ocupemos de antemano en* el mañana.

Es cierto que no es ningún mal el adoptar una actitud precavida respecto al porvenir, pero cuando esta actitud adquiere el carácter de pre-ocupación, con su tinte de angustia, es una necedad, una gran «vanidad», como la llama la Biblia. Dice Ecclesiastés 4:7-8: «*Yo me volví otra vez, y vi vanidad debajo del sol. Está un hombre solo y sin sucesor, que no tiene hijo ni hermano; pero nunca cesa de trabajar, ni sus ojos se sacian de sus riquezas, ni se pregunta: ¿Para quién trabajo yo, y defraudo mi alma del bien? También esto es vanidad, y duro trabajo*».

Recuerdo la historia que leí, siendo niño, de un avaro que todas las noches se encerraba en el sótano de su casa, disimulado por un secreto escotillón, para gozarse en el repetido recuento de los abultados manojos de billetes de Banco que allí tenía escondidos. Una noche, el escotillón se cerró desde fuera por un fortuito accidente, y el pobre millonario quedó atrapado en su propia ratonera. Cuando los agentes de la autoridad forzaron la entrada, encontraron el cadáver con los puños crispadamente asidos a los billetes, y en estado de avanzada descomposición.

A los que no tienen fe, les angustia de un modo particular el temor a quedar sin trabajo, a quebrar en el negocio, a sufrir un posible accidente, a volverse inútil y, cómo no, el miedo a la muerte; pero, para el hombre de fe, todos esos temores no tienen fundamento. Hay un versículo en el Nuevo Testamento, que cada día deberíamos repetir en alta voz y saborear con gozo: «*Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...*» (Romanos 8:28) ¿Sabes lo que significa esto? El Universo entero, con todos sus innumerables átomos, como piezas de un complicado mecanismo de relojería, trabaja conjuntamente para bien de aquellos que aman a Dios y buscan, antes que nada, Su Reino y Su justicia. Nada realmente malo nos puede suceder, estando en las manos de Dios nuestro Padre. Incluso la temida muerte no nos daña si estamos reconciliados con Dios. Más aún, como alguien ha dicho, «somos inmortales hasta que hayamos llevado a cabo la tarea que Dios nos ha encomendado para esta vida».

Es cierto que la carne, o parte débil de nuestra naturaleza, se resiste a todo lo que le causa daño o malestar. Una enfermedad, un accidente, la pér-

dida de un ser querido y, por supuesto, la muerte propia, es algo que instintivamente todos, incluidos los creyentes (V. 2.ª Corintios 5:4), desearíamos evitar. Pero, cuando la misma muerte se mira con ojos cristianos, es solamente el oscuro túnel que nos traslada a los brazos de Jesús. Podemos decir con Pablo: «*Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es MUCHISIMO MEJOR; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros*». (Filipenses 1:21-24).

Por eso, el Nuevo Testamento llama «sueño» a la muerte del creyente (V. 1.ª Corintios 11:30). De ahí que ya los primitivos cristianos dieron a los lugares de enterramiento el nombre de «cementerios», que significa «dormitorios». Y un autor cristiano del siglo II, Minucio Félix, dice bellamente: «Los cuerpos en el sepulcro son como los árboles en invierno: ocultan su verdor bajo una aparente aridez».

En efecto, el creyente tiene motivos para temer la muerte mucho menos que los demás hombres, no sólo porque para nosotros la muerte es el paso a la vida del Cielo, sino porque la muerte física pierde su aguijón cuando ha sido perdonado el pecado, que es la verdadera muerte del ser humano y el causante de la muerte del cuerpo.

Una señora estaba en la playa con una hijita suya de tres años, cuando una abeja picó a la madre en un brazo y fue después a posarse en el bracito de la pequeña. Al principio, la pequeña se alarmó; pero su mamá le dijo: —¡No te asustes! Como me ha picado antes a mí, ha perdido

ya el aguijón y no puede hacerte ningún daño. Así pasa con el creyente: la muerte perdió su aguijón cuando el castigo de nuestros pecados cayó sobre los hombros de Jesús, nuestro Salvador, quien al morir en la Cruz por nosotros, mató a la muerte muriendo. Desde entonces, la muerte no hace tanto daño al creyente, pues Jesús dijo: «*Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*» (Juan 11:25).

X. EL MAS ALLA

Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.
(Juan 11:25)

El «más allá» es algo que preocupa cada vez menos al hombre moderno, a quien la Ciencia y la Técnica se esfuerzan en hacerle cada día más confortable el «más acá». Sin embargo, es en el *más allá* donde el cristiano tiene puesta la meta final de su esperanza. El cristiano podría ser definido como «un ser humano con esperanza no fallida» (recuérdese 1.ª Pedro 3:15) y que, por esa esperanza, se controla y se purifica (1.ª Corintios 9: 24-27; 1.ª Juan 3:3), mientras que Pablo describe a los fieles de Efeso, antes de su conversión, como gentes sin esperanza: «*En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, SIN ESPERANZA y sin Dios en el mundo*» (Efesios 2:12).

Esta esperanza, por la que el Apóstol luchaba como un atleta que compite por una medalla de oro en los Juegos Olímpicos (V. 1.ª Corintios 9: 21 ss.; Filipenses 3:7-14), apunta hacia la resurrección futura. La fe en la resurrección final llena todo el capítulo 15 de la 1.ª Epístola a los corintios, y es dentro de ese contexto donde Pablo exclama: «*Si sólo en esta vida esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres*» (v. 19).

El creyente, cuya zona afectivo-emotiva no ha sido suprimida, sino enriquecida y sublimada por el nuevo nacimiento, puede sentir en lo más vivo el fallecimiento de un ser querido (¿no lloró Jesucristo ante la tumba de su amigo Lázaro?), y también puede sentir cierta resistencia física a la desintegración personal que la muerte implica. Por eso, el Apóstol suspiraba, más que por la muerte, por el revestimiento glorioso que había de traerle el día de la resurrección; quería ser *revestido, no desnudado* (V. 2.ª Corintios 5:1-4), aunque para él ya era una ganancia anticipada el «*morir y estar con Cristo*».

La muerte es un hecho inevitable y desesperante para el que no tiene fe en el más allá, pero para el cristiano es simplemente como un breve túnel oscuro por el que el tren imparable de nuestra vida se desliza desde este lado de la tumba hacia un paisaje nuevo, lleno de hermosura y felicidad. Es una «dormición ». «*La niña no está muerta, sino duerme*» (Marcos 5:39) —dijo el Señor antes de desucitar a la hija de Jairo. Cuando una persona ha recibido al Señor por fe, el Espíritu Santo prometido sella su cuerpo (V. Efesios 1:13) con la estampilla de «certificado para la resurrección». En la sinagoga de Capernaúm, dentro

de su gran mensaje sobre el pan de vida, dijo Jesucristo: «*Esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero*» (Juan 6:39-40). Y el Apóstol Pablo nos asegura en Romanos 8:11: «*Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*». Ya vimos en el mensaje anterior cómo Minucio Félix comparaba los cuerpos de los fieles en el sepulcro a los árboles en invierno. Cuando los primeros fríos del declinante otoño despojan a los árboles de su vistoso follaje, los desnudos troncos semejan cadáveres de madera, que se sostienen en pie por la inerte profundidad de sus raíces. Un viandante que ignorase por completo la Botánica, los creería muertos sin remedio, viéndolos aparentemente secos, sin fruto, sin flores, sin hojas. Pero, cuando los albores de una nueva y riente primavera los vuelven a acariciar con el cálido beso de un sol que cada día amanece más temprano, se despiertan de su letargo, se desperezan en un nuevo brotar de capullos, y vuelven a hermosear el paisaje con su recobrado verdor. Así son los cuerpos de los creyentes en sus tumbas: a los ojos de la carne, corrupción, carroña, árido polvo, huesos descarnados, fealdad y miseria del ser humano. Pero, a los ojos del espíritu, sagradas reliquias de cuerpos sellados por el Espíritu Santo, prestos a resurgir incorruptibles, gloriosos, ágiles, fuertes y esplendorosos, al primer toque de la trompeta (1.ª Tesalonicenses 4:16). Como vasos de alabastro dúctil,

transverberados por una luz celestial, brillarán como estrellas, por perpetuas eternidades, en el firmamento de Dios. Dice Pablo, en 1.ª Corintios 15: 41-44: «*Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal* (es decir, sujeto a pasiones), *resucitará cuerpo espiritual*» (o sea, totalmente sumiso a la parte más noble de nuestro ser).

Con la velocidad del pensamiento, libres de las leyes físicas de la gravedad y de la impenetrabilidad, inmunes ya al desgaste del tiempo y del espacio, sin necesidad de metabolismo que preserve nuestras reservas orgánicas de energía, podremos trasladarnos en una fracción infinitesimal de tiempo —si se puede hablar así de la eternidad— al punto más lejano de la más lejana galaxia y contemplar, a la distancia de billones de años luz, toda la pasada historia del mundo que habitamos; no habrá menester de telescopio para unos ojos llenos de divina claridad.

El hombre es el único ser viviente que puede paladear de antemano el regusto amargo de la muerte. Las plantas y los animales nacen, se desarrollan, viven y mueren, sin percatarse del final que les espera. Los ángeles son espíritus puros, inmortales por naturaleza. Dios es Espíritu infinito y purísimo, eterno por su misma esencia (V. 1.ª Timoteo 6:16). El hombre es, pues, el único ser mortal que puede deshojar conscientemente la margarita de su vida, no sólo anticipando con su imaginación el momento de la muerte, sino ofreciendo la inmolación de su vida en el altar del

sacrificio, hasta exhalar el último suspiro, entregando el espíritu, como Jesucristo, en las manos del Padre.

Pierre Charles, en su libro *La Oración de Todas las Cosas*, observa agudamente con su mente franciscana de teólogo y de poeta, que la gran ventaja de las flores naturales sobre las artificiales no estriba en el colorido, puesto que el arte puede imitar los colores que la paleta del divino pintor difundió en la naturaleza, ni siquiera en el perfume, pues el hombre puede suplirlo con aromas artificiales, sino en que las flores artificiales *prestan* un servicio, insertas sin raíces en búcaros sin vida, mientras que las flores naturales *se dan*, exhalan su aroma y exhiben sus colores, al par que desgastan su propia vida, hasta que, ajadas y marchitas, inclinan sus cabezas y... *mueren.*

Decía Bossuet que «lo más grande del Universo creado es la humanidad de Jesucristo; lo más grande de Jesucristo, su Pasión y Muerte redentoras: lo más grande de su Pasión, su último suspiro», porque con aquel último suspiro con que exhaló su espíritu en las manos del Padre, quedó sellado su grito de «¡Consumado es!» en la Cruz, y perfectamente acabada la obra de nuestra reconciliación con Dios. Igualmente, Pablo se gloriaba en sus padecimientos por los fieles, completando o cumpliendo en su carne lo que quedaba por sufrir, en la aplicación de los sufrimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia (Colosenses 1: 24). «Cada día muero» —agregaba. Y viendo ya próximo el fin de su vida mortal, como un peregrino que levanta la ya arrugada lona de su tienda de campaña (V. 2.ª Corintios 5:1), escribe a su discípulo Timoteo: «*Porque yo ya estoy para ser sacrificado* (el original griego sugiere el derrame de un sacrificio de libación), *y el tiempo de mi*

partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está gurdada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» «2.ª Timoteo 4:8).

¡Sí, todos los que esperan con gozo, en vigilia tensa de expectación, con el *«Maran atha», «sí, ven, Señor Jesús»*, con que termina la última página de la Biblia, la 2.ª Venida del Señor en gloria y majestad, no tienen nada que temer de la muerte ni del Juicio. Es la venida del Esposo, que viene a recoger a su Esposa, para conducirla *«a la cena de las bodas del Cordero»* (Apocalipsis 19:9).

Es lamentable que en un país que se llama oficialmente «católico», como nuestra España, la mentalidad pagana haya infiltrado el horror a la muerte, como un macabro tabú, alejando fuera de los pueblos y de las ciudades los cementerios, antaño adosados a los templos como signo de esperanza, y que, bajo las cruces que resaltan sobre lápidas y tumbas, puedan leerse inscripciones llenas de clamorosa desesperación, como «hora fatal», «día aciago», etc., sin un solo texto bíblico que dé calor a la esperanza y manifestación a la fe; son lugares lúgubres, temidos, pábulo de supersticiones y leyendas de aparecidos; mientras que en la Inglaterra de la Reforma, los sepulcros cristianos siguen todavía adosados a los templos o plantados, como vergeles, en medio de pueblos y ciudades, llenos de flores y de cristiana esperanza, en los que, en vez de meros recuerdos de unos deudos llenos de tristeza, sólo se ven inscripciones tomadas textualmente del Nuevo Testamento, como aquella gloriosa promesa del Señor, en Juan 11:25: *«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá»*.

El más allá nos confronta con una tremenda alternativa, de consecuencias irreversibles para toda la eternidad. En Mateo 25:46, Jesús concluye todo su discurso sobre el Juicio de las naciones, diciendo: *«E irán éstos* (los impíos) *al castigo eterno, y los justos a la vida eterna»*. No sirve hacerse ilusiones acerca de un supuesto punto final para los sufrimientos de los réprobos, como anuncian cantos de sirena de teólogos de todos los matices y confesiones. Las palabras del Señor son claras y tajantes. Los impíos no serán aniquilados el día del Juicio Final; mucho menos, admitidos a la comunión de los santos, como si nada hubiese pasado en esta vida. En Juan 5:28-29, añade Jesucristo: *«No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación»*.

Hablando del Infierno, en Marcos 9:48 pronuncia Jesús unas palabras llenas de simbolismo, que nos aclaran algún tanto la naturaleza de las penas eternas. Refiriéndose a los réprobos, dice: *«donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se apaga»*. Todo el contexto de Lucas 16:19-31, en que se nos habla del destino definitivo de ultratumba, glorioso para el pobre Lázaro, desdichado para el rico Epulón, nos da a entender que el fuego de que se nos habla en Marcos no es un fuego como el de aquí, puesto que ataca a las almas desencarnadas, de la misma manera que el gusano inmortal que los corroe, no es un gusano mate-

rial. No es preciso imaginarse el Infierno como nos lo pinta el truculento arte medieval, con sus demonios a guisa de bufones histriónicos, como si el diablo fuese una híbrida bestia con cuernos, tostando con sus tridentes las almas de los precitos, en medio de una hoguera descomunal. El gusano inmortal que roe sin cesar a los impíos en el Infierno es el eterno remordimeinto de sus conciencias por haber desechado las oportunidades de salvación que, en esta vida, tuvieron al alcance de su mano; y el fuego que los abrasa es, además y en primer lugar, una sed inextinguible de felicidad, añorando la posesión beatificante de una vida eterna que aquí menospreciaron por el necio apego a los ídolos de este mundo, sin poder alcanzar una sola gota de esa agua viva que Jesucristo, con el don de su Espíritu, nos vino a traer.

¡Amigo lector! ¡Aún estás a tiempo para escapar de la condenación eterna! ¡No dejes para mañana un negocio tan importante, cuyo plazo puede acabar esta misma noche, o quizás esta misma hora!

Pero no quiero terminar aquí este mensaje. El corazón humano es impulsado a actuar, más bien por motivos positivos que por consideraciones negativas. El Nuevo Testamento nos dice más, muchísimo más, sobre el Cielo que sobre el Infierno. Nos bastará con examinar brevemente lo que hallamos en los dos últimos capítulos de la Biblia.

El apóstol Pablo nos asegura que nadie ha visto ni oído, ni puede adivinar, por mucha imaginación que tenga, «*lo que Dios tiene preparado para los que le aman*» (1.ª Corintios 2:9). En Apocalipsis 21:3-4, leemos que Dios extenderá las lo-

nas de su tienda de campaña para convivir, en estrecha comunión, con su Pueblo.

En su peregrinación por el desierto, cada familia israelita tenía su propia tienda de campaña, y la presencia de Dios se manifestaba, mediante la nube, en una tienda de campaña aparte, bajo cuyo techo se cobijaba el Arca de la Alianza, con las Tablas de la Ley y su «kapporeth» o cubierta propiciatoria. La presencia de Dios en la nube o «shekinah» tomó carne humana en Jesucristo, quien, según el original griego de Juan 1:14, «*plantó su tienda de campaña en medio de nosotros*» (el verbo griego «eskénosen» recuerda, incluso fonéticamente, el vocablo hebreo «shekinah»), habitando dentro de la opacidad humillante (v. Filipenses 2:5-9) de un cuerpo débil y mortal como el nuestro. En el Cielo, sólo habrá una tienda de campaña, un glorioso Palacio de oro y piedras preciosas, «*el tabernáculo de Dios con los hombres*» (Apocalipsis 21:3), con «*muchas moradas*» (Juan 14:2), indestructibles apartamentos de lujo, «*cuyo arquitecto y constructor es Dios*» (Hebreos 11:10). En esta ciudad inimaginable, «*enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron*» (Apocalipsis 21:4). ¡Ni muerte, ni llanto, ni dolor! ¿No sería esto suficiente para hacer de la Tierra un Cielo? Si Dante pudo ver sobre el dintel de la puerta del Infierno aquel rótulo desolalor: «lasciate ogni speranza voi ch' entrate» = ¡Dejad toda esperanza los que entráis!, sobre el dintel de la puerta del Cielo, podría haber rotulado este otro cartel: «¡Dejad todo temor los que entráis!».

Y, sin embargo, ese versículo 4 sólo nos dice lo negativo, lo que el Cielo no es. ¿Qué será lo positivo, lo que el Cielo es? El versículo 7 añade:

«El que venciere heredará TODAS LAS COSAS, y yo seré su Dios, y él será mi hijo». ¡El que venciere! Volvamos al capítulo 2:17 del mismo Libro: *«Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe»*.

Al ser desterrados a Babilonia, los judíos escondieron una porción del maná que, como recuerdo del alimento en el desierto, se guardaba en el Arca de la Alianza. Aquel maná se corrompía al caer el día, pero el maná que Dios nos tiene reservado, no se corrompe ni necesita nevera. La piedrecita blanca, que los romanos llamaban *«téssera hospitalis»*, era como la tarjeta de invitación que en el antiguo Imperio greco-romano se usaba para reconocer a los convidados a un festín. El anfitrión tomaba una piedrecita blanca, oblonga, y la partía con las manos en dos mitades, imprimiendo con el estilete su propio nombre en una de las mitades y dándosela al invitado, y en la otra mitad imprimía el nombre del invitado y se la guardaba él junto al libro de registro. Cuando llegaba la hora del convite, cada individuo presentaba su piedrecita; el anfitrión la tomaba y la ajustaba a la otra mitad, para ver si se acoplaban debidamente. El nombre nuevo que sólo los ciudadanos registrados en el Libro de la Vida del Cordero conocerán, será el dulce nombre de *Jesús* (o sea, «Dios salva»), mientras que Jesús conservará en sus propias manos (v. Juan 10:28) la otra media piedrecita con nuestro propio nombre. ¿Está tu nombre, amigo lector, en el registro de los Cielos? No lo estará, si no has nacido de nuevo, por el Espíritu, para entrar en aquel Reino.

¿Y qué se hace en el Cielo? No podemos imaginarlo, pero Apocalipsis 21:23 nos dice que la

gloria de Dios, reverberando en Jesucristo como en una gigantesca lumbrera, iluminará la nueva, gloriosa y eterna ciudad. Apocalipsis 22:3, 5 nos dice que los elegidos servirán y reinarán por los siglos de los siglos. Y en los versículos 1 y 2 de este mismo capítulo, leemos: *«Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como un cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones»*. ¡Qué felicidad! Abraham Cowler escribió: «Dios plantó el primer jardín; Caín edificó la primera ciudad». Sí, es cierto que la naturaleza, donde mejor se manifiesta la obra de Dios, ayuda a elevarse a lo espiritual y a mirar hacia rriba, mientras que la máquina, la industria y la técnica de las grandes ciudades inclinan al hombre a ocuparse casi exclusivamente en la obra de sus propias manos. Pero en el Cielo, todo quedará redimido. El Paraíso perdido de las primeras páginas del Génesis quedará sobradamente compensado con el Paraíso recuperado de las últimas páginas del Apocalipsis. Toda creación de Dios y toda invención humana que merezcan ser preservadas, tendrán su gloria, en síntesis armoniosa, en aquella luminosa ciudad, la Nueva Jerusalén, con el Jardín del Edén en medio. ¡Gloria a nuestro Dios y Padre, quien, como se nos dice en Romanos 8:28, hace que el Universo entero trabaje conjuntamente en beneficio de aquellos que la aman!

Carecíamos, hasta el presente, de un libro breve que pudiera considerarse una obra completa de TEOLOGIA CRISTIANA al alcance de todos. Esto es el libro que tienes en las manos, lector. Una obrita de evangelización, que abarca todos los aspectos bíblicos, no sólo de la conversión, sino también de la vida cristiana que sigue al Nuevo Nacimiento. Un libro de poco más de cien páginas que representa toda una biblioteca. Es la mejor obra que puede darse a un católico nominal no escéptico (pues su argumentación es totalmente bíblica, no apologética, pero expuesta con una elocuencia y una lógica imponderables), lo mismo que a un pastor novel, para proveerle de pensamientos que le ayudarán a predicar mensajes claros y lógicos durante muchos meses o años.

Contiene todo lo esencial del CURSO DE FORMACION TEOLOGICA EVANGELICA, escrito por el conocido y bien apreciado autor de la mayor parte de sus volúmenes.

Clasifíquese: EVANGELIZACIÓN-LIBROS PARA INCONVERSOS
Ref. 22.05.88
ISBN 84-7228-609-6